



Julio 1976 (año XXIX) Precio : 2,80 francos franceses

Una ventana abierta al mundo

El Correo

**EN EL BICENTENARIO
DE LOS ESTADOS UNIDOS**

**La primera
revolución
anticolonialista**



The National Gallery of Art, Washington Foto © Lauros, Peintures Naïves Américaines, Grand Palais, París, 1968

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

112

Estados Unidos

El muchacho de la rosa

Durante los siglos XVIII y XIX se desarrolló en Norteamérica un arte profundamente enraizado en la vida de la época. Buena parte de esas obras se deben a artistas autodidactas. En ellas se nos ofrecen valiosas imágenes del pasado : escenas de la vida cotidiana, paisajes del Nuevo Mundo antes de la revolución industrial, retratos de personajes finamente dibujados, con humor, ternura y, a veces, un algo de malicia caricaturesca. El retrato al óleo de un adolescente que aquí reproducimos fue ejecutado hacia 1710 por un artista desconocido.



PUBLICADO EN 15 IDIOMAS

Español	Arabe	Hebreo
Inglés	Japonés	Persa
Francés	Italiano	Portugués
Ruso	Hindi	Neerlandés
Alemán	Tamul	Turco

Publicación mensual de la UNESCO
(Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 París

Tarifa de suscripción anual :
28 francos.

Tapas para 11 números : 24 francos.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar "De EL CORREO DE LA UNESCO", el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a EL CORREO tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan forzosamente la opinión de la Unesco o de la Redacción de la revista. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de esta última.

Redacción y Administración :
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 París

Director y Jefe de Redacción :
Sandy Koffler

Subjefes de Redacción :
René Caloz
Olga Rödel

Redactores Principales :
Español : Francisco Fernández-Santos
Francés : Jane Albert Hesse
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Victor Goliachkov
Alemán : Werner Merkli (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Kazuo Akao (Tokio)
Italiano : Maria Remiddi (Roma)
Hindi : N. K. Sundaram (Delhi)
Tamul : M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Hebreo : Alexander Broido (Tel Aviv)
Persa : Fereydun Ardalan (Teherán)
Portugués : Benedicto Silva (Río de Janeiro)
Neerlandés : Paul Morren (Amberes)
Turco : Mefra Telci (Estambul)

Redactores :
Español : Jorge Enrique Adoum
Francés : Philippe Ouannès
Inglés : Roy Malkin

Ilustración : Anne-Marie Maillard †

Documentación : Christiane Boucher

Composición gráfica : Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

ISSN 0304-310 X
Nº 7-1976 MC 76-3-323

Página

4 LA EXPERIENCIA NORTEAMERICANA

por Henry Steele Commager

9 COMO VEN A SU PAIS LOS NORTEAMERICANOS

por Robin W. Winks

10 LOS PREMIOS NOBEL DE LITERATURA DE ESTADOS UNIDOS

12 REVOLUCION NORTEAMERICANA EN LA AGRICULTURA

Fotos

14 DOS ARQUITECTOS DE LA INDEPENDENCIA : TOMAS JEFFERSON Y BENJAMIN FRANKLIN

15 SOBRE LA DECLARACION DE INDEPENDENCIA

20 TOMAS PAINE, ADALID DE LA REVOLUCION NORTEAMERICANA

Como el « sentido común » se sublevó contra la tiranía
por Bernard Bailyn

23 CUATRO PAGINAS EN COLOR

Fotos

29 EL CIUDADANO PAINE

De la Revolución Norteamericana a la Revolución Francesa
por Jacques Janssens

31 LA ESTATUA QUE VINO DE EUROPA

Fotos

34 UNA RICA HERENCIA DE PUEBLOS Y CULTURAS DIVERSOS

por Yen Lu Wong y Herbert Chivambo Shore

38 LA AYUDA PRIVADA AL ARTE NORTEAMERICANO

Fotos

40 COMO EL ESTADO SE CONVIRTIÓ EN MECENAS

por Nancy Hanks

44 ESTADOS UNIDOS : UNA REVOLUCION QUE CONTINUA

por William W. Davenport

2 TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

ESTADOS UNIDOS : El muchacho de la rosa



Presentación gráfica © especialmente realizada para El Correo de la Unesco por Charles y Ray Eames, Venice, California



Foto © American Express Company, Nueva York

Nuestra portada

Reproducimos en ella un fragmento de la que, según una tradición muy controvertida, fue la primera bandera de los Estados Unidos. Trece franjas rojas y blancas y 13 estrellas blancas sobre fondo azul simbolizaban los 13 Estados con que contaba entonces el naciente país. Hoy día su número se eleva a 50.

En la portada de detrás, una imagen de la imponente Estatua de la Libertad erigida en la Bahía de Nueva York en 1886 (véanse las páginas 31 a 33). Con ocasión del bicentenario de los Estados Unidos se han reparado (como puede verse en la foto) las 600 placas de cristal de la antorcha, deterioradas y ensuciadas por el tiempo. La Estatua de la Libertad recibe cada año un millón de visitantes.

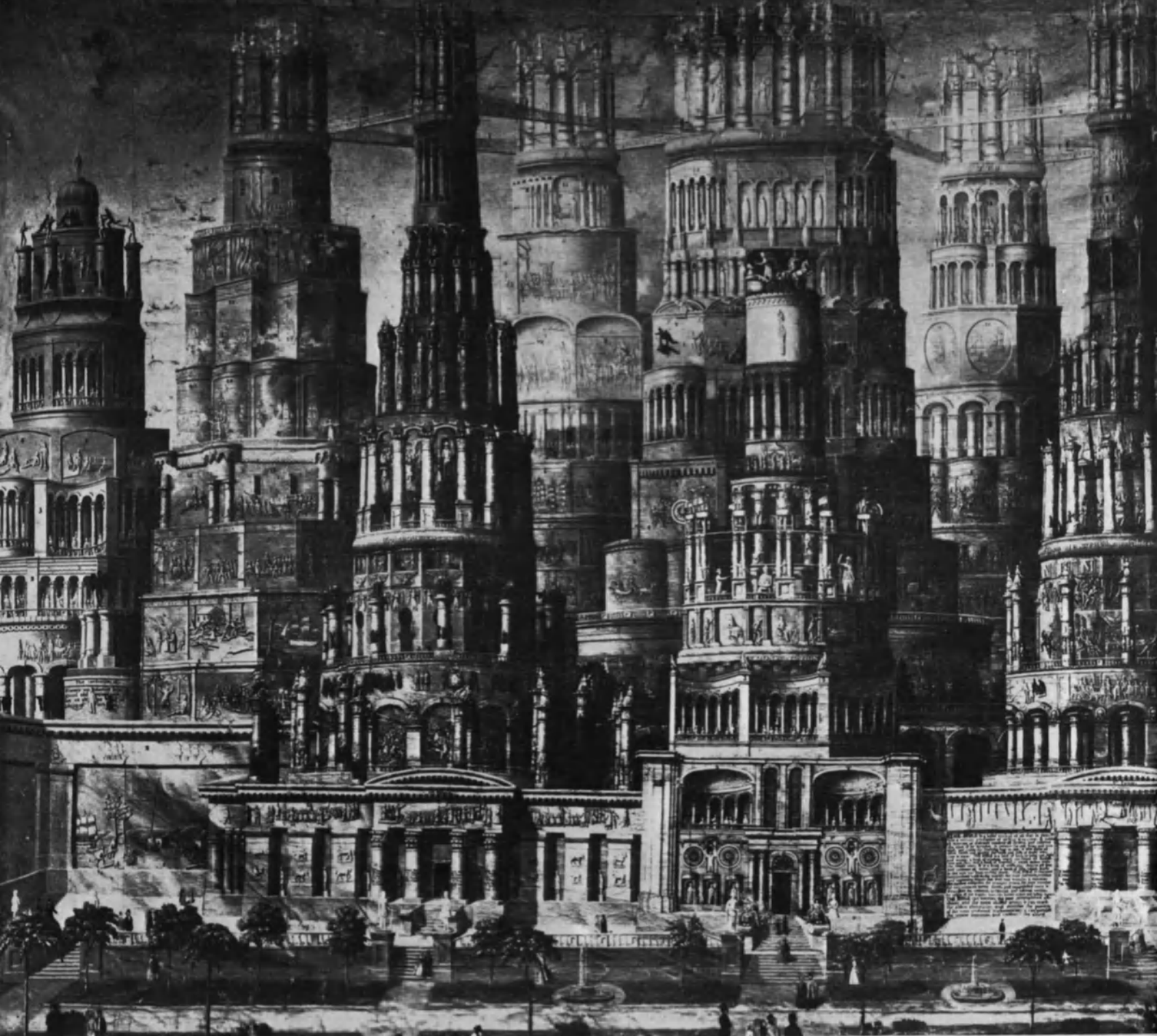


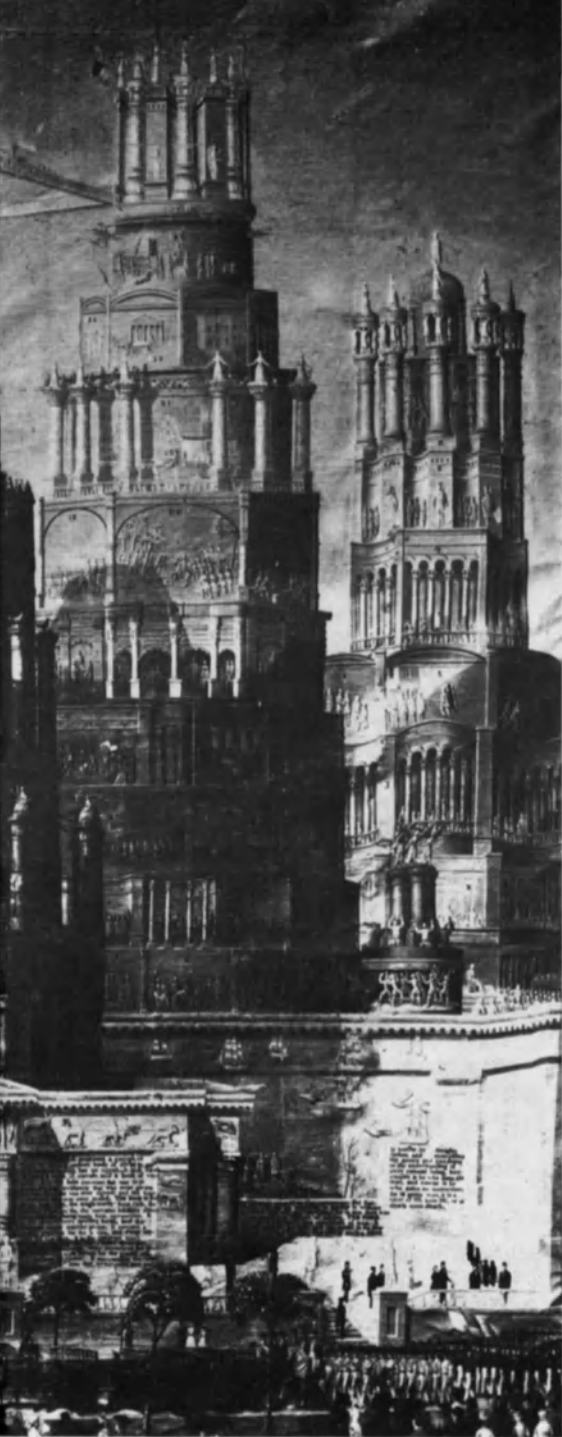
Foto © Museum of Fine Arts, Springfield, Mass. The Morgan Wesson Memorial Collection

Con este número El Correo de la Unesco celebra el bicentenario de la Declaración de Independencia norteamericana (4 de julio de 1776) y la fundación de los Estados Unidos como nación independiente. Fue ésta la primera revolución anticolonialista de los tiempos modernos y precedió en trece años a la Revolución Francesa. Los artículos, textos y fotos del presente número intentan, en la perspectiva de la actualidad del país, ofrecer una visión de los principales personajes y acontecimientos de la Revolución Norteamericana.

LA EXPERIENCIA NORTEAMERICANA

por Henry Steele Commager

HENRY STEELE COMMAGER es uno de los especialistas más destacados en historia de los Estados Unidos. Desde 1930, año en que publicó su primera gran obra, *The Growth of the American Republic* (escrita en colaboración con Samuel Eliot Morison), ha hecho frecuentes contribuciones al estudio de la historia de su país. Entre sus obras cabe citar *Documents of American History* (1934, escrita también en colaboración con Morison), y su ya clásica *America: Story of a Free People*, en colaboración con Allan Nevins. Desde 1956 es profesor de historia de los Estados Unidos en el Amherst College de Massachusetts. Ha profesado en otras muchas universidades de su país y del extranjero. El artículo que publicamos en estas páginas es un resumen de « *The Revolution as a World Ideal* », aparecido por vez primera en la *Saturday Review* del 13 de diciembre de 1975.



RASCACIELOS DE AYER Y DE HOY. A la izquierda, el cuadro titulado « Monumento histórico de la República norteamericana » que hacia 1876 pintó Erastus Salisbury Field para celebrar el primer centenario de los Estados Unidos. Cada una de las diez monumentales torres de este gran lienzo de 4 por 3 metros aparece casi enteramente cubierta con sorprendentes representaciones de las figuras, los acontecimientos y los textos más importantes de la historia norteamericana. En la segunda torre a partir de la derecha, Field pintó diversos episodios de la Revolución Norteamericana. Una línea férrea con media docena de locomotoras echando sus bocanadas de vapor une la parte superior de estos imponentes « rascacielos ». El artista emprendió su obra en respuesta a un concurso para diseñar el edificio central de la Exposición del Centenario organizada en Filadelfia en 1876. Field abrigaba la esperanza de que su monumento se convirtiera un día en realidad. Abajo, torres de 60 pisos construidas recientemente en Marina City, Chicago.



Foto Georg Gerster © Hapho, París

LOS hombres que llevaron a cabo la Revolución y crearon la nueva nación norteamericana eran hijos de la Ilustración. Con ésta compartían la convicción de que la humanidad es una sola, de que los hombres son en todas partes idénticos —sometidos a las mismas leyes, sujetos a los mismos impulsos, animados por las mismas pasiones y titulares de los mismos derechos.

Creían en la soberanía de la razón y en la universalidad de las leyes por ésta fundadas; creían también en la capacidad de cada hombre para alcanzar los fines que la razón dicta como justos y sanos. Cuando creaban sus propias comunidades, las cimentaban en las leyes que consideraban universales y permanentes; y daban por supuesto que los hombres y las naciones de todo el mundo seguirían con el tiempo el mismo camino que ellos.

Igual que Patrick Henry, estaban persuadidos de que América había «encendido la antorcha para el mundo entero». Con John Adams se sentían satisfechos de pensar que la Revolución se hacía «para los futuros millones, y millones de millones», y que propagaría «la Libertad y la Ilustración por todo el mundo».

Nadie puso mayor empeño en la proclamación de este evangelio democrático y universalista que Jefferson. «Tenemos el convencimiento — escribía a su amigo Joseph Priestly — de que nuestra actuación responde a unas obligaciones o deberes que no quedan limitados a las fronteras de nuestra sociedad. Es imposible no sentir que obramos por toda la humanidad».

La misma idea reaparece en su última carta, salutación a los «Argonautas» que habían proclamado la Declaración de Independencia y crea-

do la nación: «Ojalá sea en todo el mundo... la señal para que los hombres que se levantan rompan las cadenas a las que la ignorancia y la superstición clericales les había persuadido de sujetarse, y para que acepten los beneficios y la seguridad del autogobierno. Todos los ojos están abiertos, o se están abriendo, a los derechos del hombre.

«La general propagación de la luz de la ciencia ha puesto ya de relieve a los ojos de todos la verdad patente de que la masa de la humanidad no ha nacido con una silla de montar en la espalda ni unos pocos privilegiados con botas y espuelas, prestos para dirigir legítimamente a los demás, por la gracia de Dios».

La generación de la Revolución supo «traducir» su retórica — el término es inadecuado — no sólo en política sino también en instituciones. ▶

► En efecto, lo que más impresiona en esa generación es su capacidad para « convertir en realidad los escritos de los más sabios escritores », es decir, tomar una serie de ideas y de principios que los filósofos habían defendido durante siglos e institucionalizarlos.

Así como los Padres Fundadores se inspiraron en la gran herencia del pasado, desde Grecia hasta la Inglaterra del siglo XVII, así también arbitraron instituciones que eran válidas en todas partes y que se extendieron por todo el globo.

En primer lugar, crearon una nación — cosa que ningún otro pueblo había hecho, pues hasta entonces las naciones se habían limitado a crecer —. Y llevaron a cabo tal empresa sin disponer de los atributos ni los símbolos del nacionalismo europeo — un monarca, una clase dirigente, una iglesia oficial, un ejército y una marina, e incluso un pasado histórico. Es más, fundieron la nación en un molde republicano — cosa que según Montesquieu sólo podía ocurrir en un pequeño territorio o en una ciudad-estado.

POR otro lado, resolvieron, casi de la noche a la mañana, dos de los más arduos problemas de la historia política: el colonialismo y el federalismo. Ni una sola nación del Viejo Continente supo nunca lo que hacer con las colonias salvo explotarlas en beneficio de la llamada Madre Patria. Al nacer, los nuevos Estados Unidos eran la mayor nación del mundo occidental y, desde el principio y a lo largo del siglo XIX, fueron una gran potencia colonizadora con un « hinterland » que se extendía hacia el oeste hasta el Misisipí y, posteriormente, hasta el Pacífico.

Utilizando el simple recurso de transformar las « colonias » en Estados y de admitir a esos Estados en el seno de la Unión sobre la base de una igualdad absoluta con los Estados primitivos, los Padres Fundadores dieron al mundo una lección que éste ha ido aprendiendo, aunque lentamente y con dificultades, hasta nuestros días.

La generación revolucionaria resolvió también, como decimos, el problema del federalismo. Era ésta una espinosa cuestión que había perturbado a los hombres de estado en las antiguas confederaciones griegas, en la Italia medieval de la Liga Lombarda, en las confederaciones de Helvecia y de los Países Bajos, en el Sacro Imperio Romano Germánico y en el Imperio británico. Pues bien, en poco más de un decenio los norteamericanos supieron formular los justos principios del federalismo y pusieron en pie una unión federal que es hoy la más antigua y la más eficaz de la historia.

Los Padres Fundadores habían declarado que todo gobierno basa sus

poderes en el consentimiento de los gobernados, principio éste que, aunque antiguo, nunca antes se había puesto en práctica y que ni siquiera hoy es universalmente reconocido. ¿Cómo habían de prestar su « consentimiento » los gobernados? ¿Qué tenían que hacer para « cambiar o abolir » un gobierno y para « establecer » uno nuevo?

En ninguna otra región del planeta — quizá con la excepción de algunos cantones suizos — se había encarnado hasta entonces el principio democrático en instituciones. Los Padres Fundadores inventaron el pacto constitucional como instrumento adecuado para establecer, cambiar, abolir y reformar un gobierno; es decir, legalizaron la revolución. Y, lo mismo que el federalismo, el pacto constitucional se ha extendido al planeta entero.

También por primera vez, los norteamericanos institucionalizaron el hoy familiar principio de que el gobierno debe tener límites. Ya en 1766 el Parlamento británico había proclamado el derecho de vincular a las colonias « en todos los casos posibles » y era un lugar común en la historia de la humanidad que los reyes y príncipes tenían derecho a vincular a sus súbditos.

Pero los Padres Fundadores hicieron hincapié en que ningún gobierno estaba investido de todos los poderes. De ahí que impusieran al gobierno unos controles, límites, equilibrios, restricciones y prohibiciones que garantizaran que aquel no podría ejercer otros poderes que los que le atribuyera el pueblo.

Para alcanzar tal fin, establecieron un cúmulo de mecanismos y de expedientes: constituciones escritas, sistema federal, separación de poderes, legislaturas bicamerales, elecciones anuales y, coronando el conjunto, declaraciones de derechos que formaban parte de la ley fundamental y que garantizaban al hombre su libertad de religión, de expresión, de prensa y de reunión, cosa que ni siquiera las declaraciones de derechos inglesas habían intentado.

También este principio de que el gobierno tiene límites se propagó a todos los continentes. Cierto es que no ha conquistado todo el globo y que todavía hoy lucha por obtener la adhesión de los hombres en todas partes. Pero si el área de la libertad es en nuestros días mayor que en 1776, ello se debe en parte a la demostración que América hizo de que los hombres pueden establecer su propio gobierno y de que, al mismo tiempo, pueden limitarlo.

La generación de la Revolución — que es con mucho la más creadora de toda la historia norteamericana — fue así la encargada de introducir las instituciones políticas más importantes de la historia moderna: el pacto constitucional, la constitución

escrita, el federalismo, el sistema de limitaciones impuestas al gobierno, las declaraciones de derechos, la fiscalización por los tribunales e incluso los partidos políticos (en efecto, hay motivos más que justificados para considerar que los partidos que surgieron en el decenio de 1790-1799 son los primeros partidos políticos modernos de la historia). Y no menos importantes y decisivas fueron las innovaciones en la esfera de las instituciones sociales.

ASI, por primera vez en la historia, los norteamericanos de la generación revolucionaria no sólo implantaron una tolerancia religiosa absoluta sino que además separaron Iglesia y Estado.

Por otra parte, fueron los primeros en subordinar explícitamente la autoridad militar a la civil. Además, aplicaron el principio de que los hombres « fueron creados iguales » en mucha mayor medida que cualquier otra sociedad occidental, si bien no lograron extender ese principio a los negros, con las trágicas consecuencias que ello iba a acarrear. Pero el fallo fue más que de los dirigentes de sus seguidores.

Debe tenerse presente que sus sucesores no resolvieron el problema hasta casi un siglo después y que para conseguirlo tuvieron que emplear la violencia. Y aun hubieron de pasar otros cien años antes de que los norteamericanos se decidieran a conceder la simple igualdad formal a la raza negra.

Es más bien la buena fortuna que los principios lo que explica la mayor riqueza de la nueva República en comparación con el resto de los países, pero fueron los principios los que pusieron esa buena fortuna al alcance de casi todos los habitantes blancos del país y los que mantuvieron abiertas las puertas de éste a los pueblos del Viejo Continente.

Para garantizar la continuidad de todo esto, los norteamericanos se embarcaron en lo que, a falta de otro nombre mejor, podemos llamar programa jeffersoniano de eliminación de la ignorancia creando profusamente escuelas y universidades abiertas a todos. Los hombres de la joven República estimularon el saber y la ciencia mediante el establecimiento de la libertad de la prensa. Y su romanticismo llegó hasta el punto de hacer inscribir en la Constitución garantías de felicidad para los ciudadanos.

En todo esto los Padres Fundadores se sentían animados por el sentido del deber, de una misión que cumplir no sólo para con los pueblos de todo el mundo sino también para con la posteridad. Por ésta luchaban y planificaban y construían; en sus exigencias, en sus necesidades tenían constantemente puestas las mentes. Tal preocupación resultaba



Foto Georg Gerster © Rapho, Paris

Las gigantescas cabezas de cuatro presidentes norteamericanos contemplan montañas y valles de la región de Black Hills, Dakota del Sur (EUA). Los cuatro presidentes, esculpidos en el acantilado granítico del National Memorial del monte Rushmore, son de izquierda a derecha Jorge Washington, Tomás Jefferson, Teodoro Roosevelt y Abraham Lincoln. Cada cabeza tiene aproximadamente la altura de un edificio de cinco pisos. Proyectó y supervisó la obra el escultor norteamericano Gutzon Borglum, quien a su muerte en 1941, tras 14 años de trabajo, fue sustituido por su hijo.

a veces exagerada — como cuando Jefferson hablaba de conseguir «tierra bastante para nuestros descendientes hasta la milésima y la diezmilésima generación» —, pero no era nunca meramente retórica.

En este sentido del deber para con quienes han de sucedernos se manifiesta con máxima claridad el contraste entre la generación revolucionaria y la nuestra, a la que bien podemos calificar de no revolucionaria o incluso de contrarrevolucionaria. Hoy hablamos enfáticamente de la posteridad, pero el hecho es que la traicionamos sistemáticamente saqueando los recursos naturales de tierra y agua, contaminando inconsideradamente el medio ambiente, fa-

bricando armamentos nucleares terriblemente destructores, fomentando la animosidad entre razas y naciones y acumulando casi ilimitadamente deudas.

La Revolución Norteamericana actuó de agente catalizador en el mundo occidental. «Toda Europa está de nuestra parte», escribía Franklin, con excusable exageración, desde París. Y, efectivamente, los liberales europeos se pronunciaron en su totalidad a favor de los norteamericanos, incluso en la Gran Bretaña. La guerra dividió a la opinión británica tan tajantemente como la de Vietnam desgarró a la norteamericana, pero sus adversarios fueron más francos y valerosos que los de la destrucción

de Vietnam y Camboya por las armas estadounidenses.

Filósofos ingleses de las Luces como el Dr. Price y el Dr. Priestley defendieron abiertamente la causa norteamericana; y estadistas como Chatham y Shelburne, Rockingham y Grafton advirtieron a la Gran Bretaña contra la locura que significaba la guerra.

La guerra, la victoria de los norteamericanos y su ejemplo alentaron enormemente los esfuerzos populares con vistas a reformar el sistema político inglés (ampliar el sufragio, acabar con el escándalo de los «burgos podridos», fomentar la reunión anual del Parlamento). Todo por desgracia en vano, ya que la reacción casi paranoica contra la Revolución Francesa, cuya expresión clásica son las *Reflections* de Edmund Burke, inauguraron una especie de reinado del terror en Gran Bretaña.

También en otros países el ejemplo norteamericano resultó contagioso. Así, en Francia, donde Jefferson ayudó a redactar la Declaración de Derechos del Hombre y donde Tom Paine trabajó para la Asamblea Constituyente; en Italia, donde el fogoso Alfieri celebró la causa norteamericana en cinco odas a la libertad y en incontables dramas; en los Países Bajos, donde resueltos revolucionarios como van der Capellen y van der Kemp lucharon — también en vano — para reconstruir el gobierno aristocrático de aquellas provincias; en Alemania, donde un Christoph Ebeling proclamaba su certeza de que «América debía dar un ejemplo al mundo»; y hasta en la Dinamarca sometida al despotismo, donde, como recordaba Henrik Steffens, «todos los navíos izaron banderas y gallardetes y los que tenían cañones saludaron con ellos a la nueva nación».

Pero la influencia de la Revolución no quedó confinada al Viejo Continente. La lucha por la independencia de América Latina se inspiró más en la Revolución Francesa que en la Norteamericana, pero, después de todo, los latinoamericanos sabían que la Revolución Francesa había desembocado en el despotismo de Napoleón y la Norteamericana en el nacimiento de una República libre, y era justamente el ejemplo de Norteamérica el que trataban de imitar.

La fuerza de ese ejemplo iba a manifestarse repetidas veces en la historia, incluso ya en nuestra época, cuando países como Rodesia y Vietnam del Norte (sin que queramos establecer parangón alguno entre casos tan tajantemente distintos) recurrieron al lenguaje, si no al espíritu, de la Declaración de Independencia norteamericana para justificar la reclamación de la suya propia.

Revolución, independencia, construcción de una nación, nuevas instituciones políticas: todos estos fenómenos crearon ejemplos y normas

► que despertaron en todo el planeta el espíritu de imitación. Pero aun más importante fue la repercusión de los procesos que se estaban produciendo en el gran laboratorio social y económico que era Norteamérica, que ofrecía el espectáculo no sólo de un autogobierno eficaz sino también de la creación de oportunidades económicas, la igualdad social, la libertad religiosa, las múltiples posibilidades de las asociaciones privadas voluntarias, etc.

Lo que exaltaba a los europeos del siglo XIX era lo mismo que había enardecido a los Padres Fundadores en el XVIII : la posibilidad de apartarse del camino europeo tradicional y de crear un nuevo orden social.

El hacendado norteamericano Hector St. John Crèvecoeur lo vio perfectamente en los comienzos del experimento norteamericano. El europeo, decía, se convierte en norteamericano « al ser recibido en el ancho seno de nuestra gran Alma Mater. Aquí los individuos de todas las naciones se funden en una nueva raza de hombres cuyas obras y cuya posteridad acarrearán un día grandes cambios en el mundo. Los norteamericanos son los peregrinos occidentales que llevan consigo el gran cúmulo de artes, ciencias, dinamismo e industria que empezó a formarse hace tiempo en el este ; ellos cerrarán el gran círculo ».

Y Crèvecoeur añadía algo que iba a ser de importancia capital para la transformación del europeo en norteamericano : que « Europa apenas conoce otra distinción que la que existe entre señor y arrendatario. Sólo este honrado país está poblado por propietarios, los poseedores de la tierra que cultivan, miembros del gobierno al que obedecen y constructores de sus propias leyes... Hay cabida para todos en América... En vez de morir de hambre, cualquier ser humano será aquí alimentado ; en vez de vivir perezosamente, tendrá un empleo ; y éstas son riquezas suficientes para cuantos hombres lleguen aquí ».

Estas palabras de Crèvecoeur fueron después el fondo, la esencia misma del pensamiento de Tocqueville, a saber, que la igualdad — él decía democracia — era el rasgo distintivo de la vida norteamericana y que el destino de Norteamérica, si no su misión, era propagar la igualdad por todo el mundo gracias a su ejemplo y a la atracción que ejercía.

En sus análisis, tanto Crèvecoeur como Tocqueville dejaban de lado la esclavitud (lacra que habrían de reconocer y lamentar en otros escritos suyos), pero al proclamar que la Revolución Norteamericana significaba — según su propia divisa — un nuevo orden de los siglos (*novus ordo saeculorum*), tanto en el terreno moral y social como en el político, ambos autores se identificaban plenamente con los norteamericanos que habían llevado a cabo ambas revoluciones.

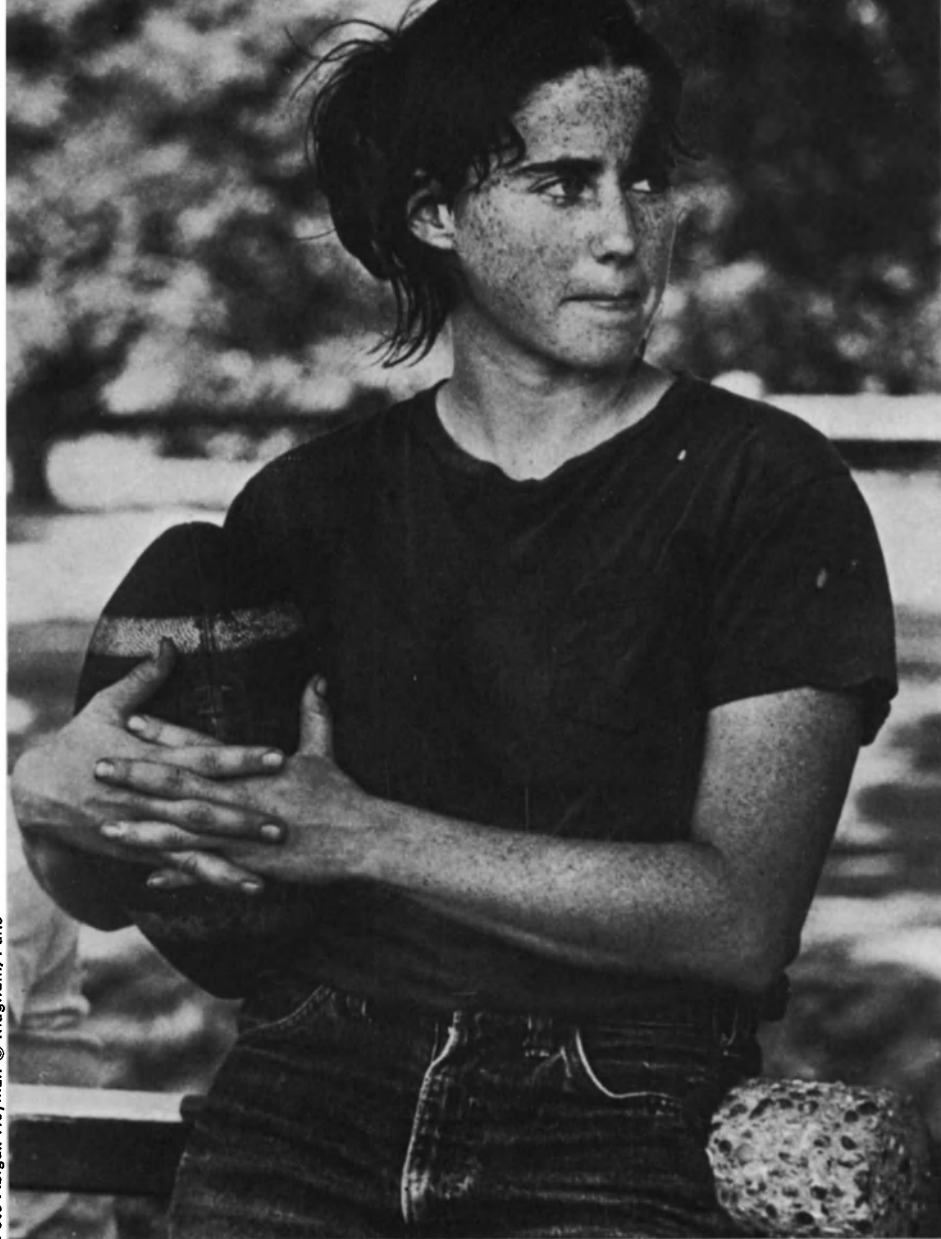


Foto Abigail Heyman © Magnum, París

Rasgos característicos de la vida universitaria en los Estados Unidos son la gran importancia que se da al deporte y al atletismo y las relaciones fáciles y nada jerárquicas que existen entre estudiantes y profesores. Arriba, esta joven estudiante universitaria es una entusiasta jugadora de rugby. En la página siguiente, una reunión de estudiantes en una universidad norteamericana. Quizá el tema en discusión sea muy serio, pero el ambiente es despreocupado y libre. Las 2.800 universidades y otros centros de enseñanza superior de los Estados Unidos tienen una matrícula total de 10 millones de estudiantes, casi la mitad de ellos mujeres. Aproximadamente el 45% de los jóvenes norteamericanos entre los 20 y los 24 años asisten actualmente a centros de enseñanza superior que ofrecen unos 1.600 tipos distintos de diplomas y títulos.

En lo que vengo diciendo hay como un dejo elegíaco. En efecto, ya no somos un pueblo revolucionario. Hemos perdido el poder de creación en lo que toca a la política y al gobierno de los hombres ; todas las grandes instituciones políticas hoy establecidas en el país fueron inventadas antes de 1800 ; ninguna es posterior a esa fecha. Ya no abrimos nuestras puertas a los pobres y a los oprimidos del mundo. Ya no pensamos que nuestra misión consista esencialmente en aligerar o suprimir las cargas que pesan sobre los hombros de la humanidad, y cuando nos dedicamos a propagar nuestro modo de vida, es por la fuerza y no por el ejemplo moral.

Quizá si volviéramos a darnos clara cuenta de lo que un día defendimos, de lo que un día logramos y

de lo que un día supusimos para la humanidad entera, podríamos retornar a los caminos que fuimos los primeros en recorrer.

Escuchemos las palabras de Tom Paine cuando se congratula del triunfo de la « mayor y más completa revolución que el mundo haya conocido, gloriosa y felizmente rematada » :

« Nunca se le abrieron a ningún país tantos caminos hacia la felicidad como a éste. Igual que una bella mañana, su nacimiento a la vida fue claro y prometedor. Sus principios eran justos y liberales. Su modo de ser sereno y firme. Todo en torno a su cuna llevaba la marca del honor. No todos los países pueden preclarse de tan preclaro origen ».

Henry Steel Commager

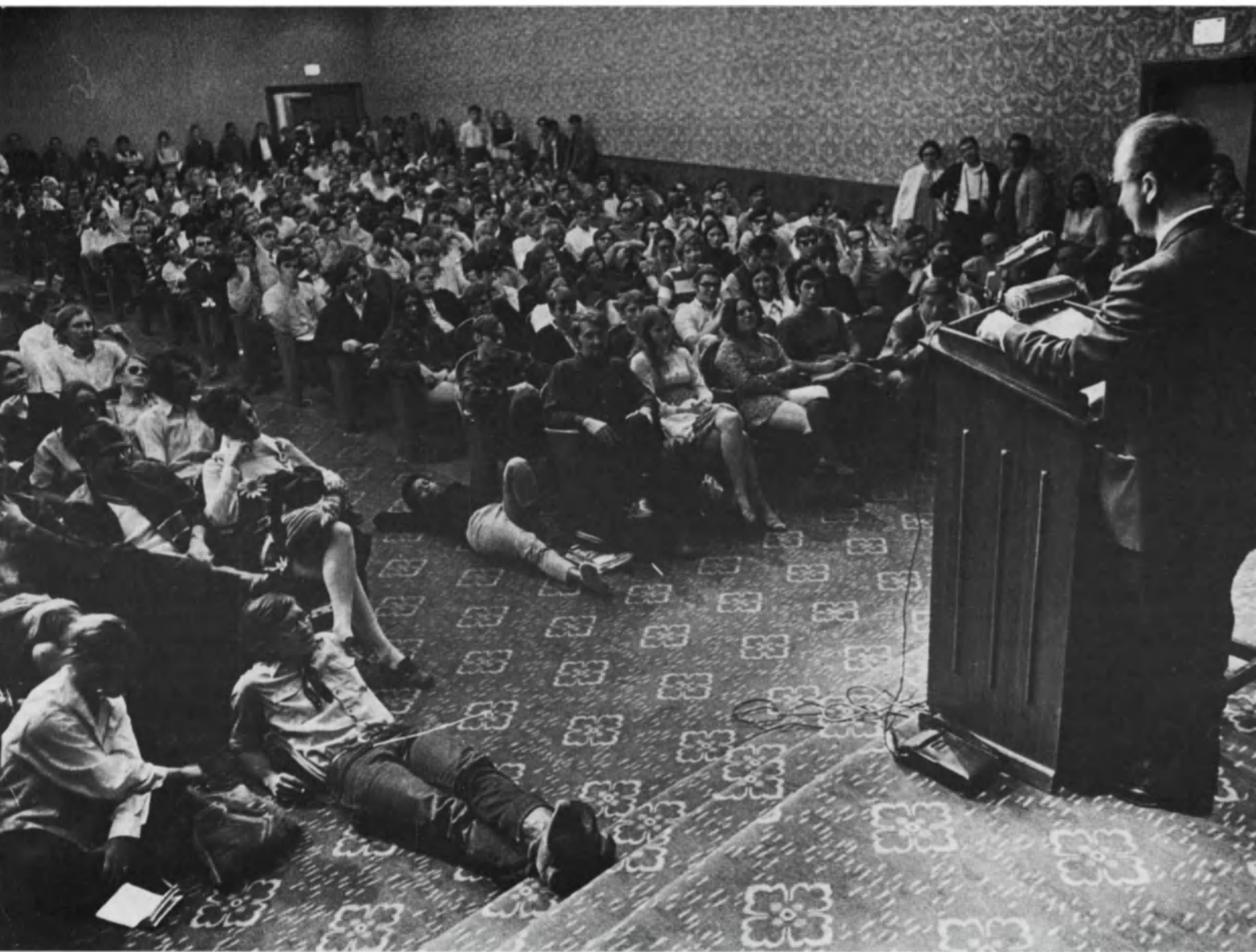


Foto Dave Repp © Parimage, París

COMO VEN A SU PAIS LOS NORTEAMERICANOS

por Robin W. Winks

ROBIN W. WINKS, historiador y educador norteamericano, ha dedicado muchos libros y estudios a la historia de los Estados Unidos. Es profesor de historia de la Universidad de Yale, a la que pertenece desde 1957. Entre sus obras más recientes figuran *The American Experience* (1970), *The Myth of the American Frontier* (1971) y *Slavery* (1972).

ESTE año celebran los norteamericanos el bicentenario del nacimiento de los Estados Unidos. Pues bien, al pensar con tal ocasión en su país, la mayoría de ellos lo ven en una encrucijada, fuerte e innovador pero, al mismo tiempo, sitiado y enfermo. En la tensión entre esas dos opuestas imágenes son muchos los norteamericanos que creen encontrar el motor de la permanente vitalidad de su nación: tensión entre objetivos, entre regiones y entre con-

cepciones del pasado y del presente.

Los Estados Unidos nacieron en virtud de un acto revolucionario y, según los anales nacionales, en un determinado momento de la historia: el 4 de julio de 1776. Muchas naciones se ven a sí mismas como el producto de fuerzas evolutivas y, si bien todas han establecido más o menos convencionalmente fechas en las que celebran sus fiestas nacionales, son muy pocas las que pueden

LOS PREMIOS NOBEL DE LITERATURA DE ESTADOS UNIDOS

Desde 1901 se han concedido un total de 450 Premios Nobel para recompensar contribuciones destacadas al « bienestar de la humanidad » en las esferas de la física, la química, la fisiología y la medicina, la literatura, la paz y (desde 1969) la economía. Más de 120 de esos premios han recaído en personalidades de los Estados Unidos. Los Premios Nobel fueron creados en cumplimiento de la última voluntad de Alfred Nobel (1833-1896), el famoso químico, ingeniero y filántropo sueco. Los norteamericanos ocupan el primer puesto en física (con 32 premios de un total de 100 entre 1901 y 1974), fisiología y medicina (41 premios de entre 112) y la paz (17 premios de 71). A la derecha presentamos sucintamente a los seis Premios Nobel de literatura norteamericanos.



SINCLAIR LEWIS - 1930

Primer norteamericano que obtuvo el Premio Nobel de literatura. Agudo observador de la vida norteamericana, Lewis recurría a la sátira para fustigar los vicios y defectos de la vida en su país. Ganó fama internacional con novelas como *Calle mayor* (1920) y *Babbitt* (1922).



EUGENE O'NEILL - 1936

Según él mismo declaró en una ocasión, su misión como dramaturgo era « explorar las raíces del mal de nuestros días ». Señalemos entre sus obras más famosas *El emperador Jones*, *El deseo bajo los olmos* y *Largo viaje hacia la noche* (representada póstumamente).

► Indicar el momento preciso en que nacieron como tales naciones.

En cierto modo, los norteamericanos vienen a afirmar que los Estados Unidos eran ya un hecho en el momento de su afirmación nacional, puesto que los doscientos años que hoy celebran parten de la Declaración de Independencia de 1776 y no del acuerdo de paz de 1783 ni de la ratificación solemne de la Constitución en 1788. La mayoría de las naciones fechan su nacimiento como tales en el momento de establecer su constitución; en cambio, al celebrar su declaración de independencia antes de que ésta se convirtiera en un hecho consumado, los norteamericanos continúan dando fe de la vitalidad de la tradición revolucionaria en su historia.

Por otro lado, tienen conciencia cada vez más clara de celebrar un periodo excepcional de estabilidad política. A decir verdad, pocas naciones en el mundo son más viejas, desde el punto de vista político, que los Estados Unidos. Los norteamericanos pueden muy bien hablar de su relativa juventud en el plano cultural, pero lo que hoy festejan es una excepcional longevidad política.

Quizá la Gran Bretaña, Suiza, Dinamarca y Suecia puedan presentar una continuidad política de más de doscientos años de inmutable estructura constitucional. Pero la mayor parte de las naciones han pasado por un Tercer Reich, una Cuarta República o cualquier otro periodo de crisis y ruptura, mientras que los Estados Unidos continuaban prosperando bajo uno de los más viejos documentos constitucionales de la historia.

Los norteamericanos piensan que esa estabilidad la deben en gran parte a lo que se hizo en 1776. En su sentir, existen tres tipos de naciones: las

que imitan los objetivos de las otras; las que han alcanzado sus propios objetivos pero carecen de vitalidad para fijarse otros, de modo que, habiendo perdido su antiguo dinamismo, se vuelven cada vez más conservadoras en su defensa de las metas alcanzadas; y las que se han fijado unos objetivos tan dinámicos y tan atrayentes que son capaces de enardecer a sus propios ciudadanos y ser al mismo tiempo objeto de imitación por los demás.

Para la mayoría de los norteamericanos, su país es un ejemplo de este tercer tipo de nación. Pero, aun así, son quizá cada vez más numerosos los que temen que esté entrando poco a poco en la segunda categoría de naciones, las que defienden su pasado en vez de continuar explorando el futuro.

Naturalmente, los norteamericanos tienen en su mayoría conciencia de la tensión intrínseca entre los objetivos nacionales que con tanta nitidez formularon en 1776 y, más tarde, en la Constitución, y el esfuerzo permanente por convertir en realidad esos objetivos en la vida misma de todos los habitantes del país. Pocas naciones han afirmado con tanta audacia su regla de oro nacional — que a todos los hombres debe garantizárseles la igualdad de oportunidades en su esfuerzo por conseguir el bienestar, la libertad y la felicidad — y han reconocido tan abiertamente ante el mundo sus propias deficiencias.

Sin embargo, los norteamericanos suelen también considerar que, al revelar al mundo esas deficiencias, están dando fe de que la suya es una sociedad auténticamente abierta. Todo norteamericano puede sentirse orgulloso, por paradójico que ello parezca, de que es la prensa libre de su país la que ofrece al mundo la

información más antinorteamericana que por él circula.

Por otro lado, ahora nos percatamos de que muchas cosas que antes considerábamos como antinorteamericanas son en realidad manifestaciones de la decepción de quienes, siendo (o habiendo sido) nuestros amigos, se duelen de que hoy no seamos lo que esperaban que fuéramos. A los europeos, que en el siglo XIX pensaban que los Estados Unidos podían escapar a las garras de Leviatán, poner dique a la invasión de la complejísima administración moderna, preservar el primitivo medio ambiente e impedir los males sociales antes de que se produjeran, les decepciona comprobar que Norteamérica no ha logrado escapar a la historia.

De todos modos, contemplando estos doscientos años de historia, los norteamericanos suelen aducir que su país no tenía obligación alguna de convertirse en lo que otros deseaban que fuera; después de todo, las metas que una nación se fija surgen de su propio suelo, de su pueblo y de su experiencia y no tienen por qué ser el fruto de las expectativas de los demás.

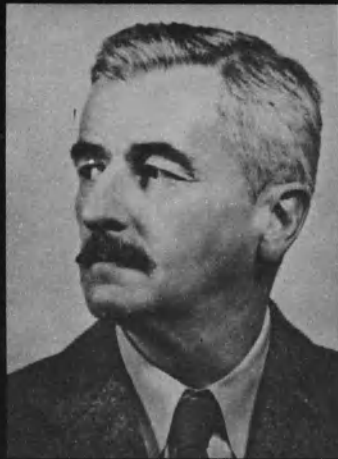
Son muchos los norteamericanos para quienes ésta es una época más bien de introspección que de celebraciones, una época para preguntarse por lo realizado hasta ahora y por lo que queda por hacer, para preguntarse también por la mejor forma de conseguir que la nación avance hacia unas metas hace ya tanto tiempo definidas clara y públicamente.

Puestos a contemplar, los norteamericanos observan también que el país está experimentando una serie de cambios profundos. Tres de esos cambios son de tal envergadura que



PEARL S. BUCK - 1938

Se le concedió el Premio Nobel por sus novelas y sus biografías. En muchos de sus libros, como *La buena tierra* (1931), la autora pone de manifiesto el profundo conocimiento que tenía de China, donde vivió durante largos años.



WILLIAM FAULKNER - 1949

Su renombre internacional se lo debe a sus novelas acerca del imaginario «Condado de Yoknapatawpha», que el autor basó en su propia región de Oxford, Misisipi. En muchos de sus libros, como en *El sonido y la furia*, Faulkner exploró las tradiciones y la historia del Sur Profundo. Entre sus otras obras citemos *Mientras yo agonizo*, *Santuario* y *Palmeras salvajes*.



ERNEST HEMINGWAY - 1954

El estilo terso y coloquial de Hemingway y sus cuentos y novelas inspirados en los sentimientos del coraje, la resistencia y el honor han ejercido una gran influencia en la literatura mundial. Sus primeras novelas *Fiesta* (1926) y *Adiós a las armas* (1929) le valieron una reputación internacional. Su última gran obra fue *El viejo y el mar* (1952).



JOHN STEINBECK - 1962

La mayoría de sus novelas se desarrollan en California y pintan con realismo y simpatía los problemas de los pobres y de los oprimidos. A su novela *Las viñas de la ira* se la ha calificado de «*La cabaña del tío Tom del siglo XX*». Entre sus otras novelas cabe citar *Ratones y hombres* y *Tortilla flat*.

Fotos © Nobelstiftelsen, Estocolmo

imponen la certidumbre de que, dentro de cincuenta años, el norteamericano será un hombre muy diferente del que hoy conocemos.

El primero de esos cambios consiste en el declive de la vieja influencia innovadora de la frontera en la vida del país. Los norteamericanos siguen dotados de una movilidad física y social que no es fácil encontrar en otras sociedades — acaso en ninguna —. Pero el factor de movilidad en la sociedad estadounidense es menos importante hoy que hace sólo dos decenios.

Ya no existe una frontera concreta y clara que haga posible la realización de experimentos sociales y políticos. Esa frontera contribuyó a hacer de los norteamericanos la viva paradoja que llegaron a ser: agresivos, optimistas, materialistas, filántropos, derrochadores. (De todos modos, la frontera continúa ejerciendo su influencia a través de la estructura federal del país, ya que cada Estado puede constituir un laboratorio social dedicado a experimentar con las leyes mucho antes de que la nación en su conjunto emprenda un nuevo camino legislativo).

El segundo de estos cambios manifiestos es el gradual atenuamiento de la fe en la abundancia universal de los bienes económicos. Hubo un tiempo en que el futuro aparecía repleto de promesas y de bienes suficientes para todos. Si alguien no prosperaba, ello se debía exclusivamente a la pereza, o tal vez a la mala suerte, pero no a la estructura de la sociedad. Y si algo faltaba en el presente, el porvenir supliría: la historia norteamericana radicaba en el futuro, en la existencia de una abundancia natural de bienes económicos.

Pero hoy son cada vez más numerosos los norteamericanos que pien-

san que esta abundancia se halla en peligro y que para protegerla se necesitaría la intervención permanente del gobierno federal, sospechoso justamente de querer recortar las libertades locales. La tensión entre la capacidad de prospección y, por consiguiente, de planificación en materia económica y las viejas virtudes tradicionales de la libre empresa es algo que todo el mundo puede sentir. Quizá esa tensión sea saludable y dé origen a una sociedad dinámica, siempre que se mantenga un cierto equilibrio.

El tercer cambio que ha experimentado la vida norteamericana es el más patente de todos. En otro tiempo los norteamericanos podían gozar de una seguridad nacional sin precedentes y que no les costaba nada. Separados de sus enemigos potenciales por dos inmensos océanos los Estados Unidos no necesitaban dedicar a la defensa un alto porcentaje de su producto nacional.

Podían así prescindir de Líneas Maginot, de ejércitos permanentes y de complicadas alianzas. Entre 1815, fecha en que las últimas tropas británicas abandonaron la Luisiana, y 1942, cuando las primeras tropas japonesas desembarcaron en las islas Aleutianas cerca de Alaska, el país no sufrió invasión alguna que viniera desde otro continente. Pocas naciones habrán disfrutado 125 años de seguridad exterior gratuita.

Pero esto ya no ocurre hoy día, pues la defensa se lleva una enorme tajada del presupuesto norteamericano. Al cumplirse su segundo siglo de existencia la nación ha comprendido que la seguridad tiene un precio, tanto financiero como moral.

Pero si los norteamericanos sienten nostalgia por un pasado más sencillo, menos complicado, piensan también

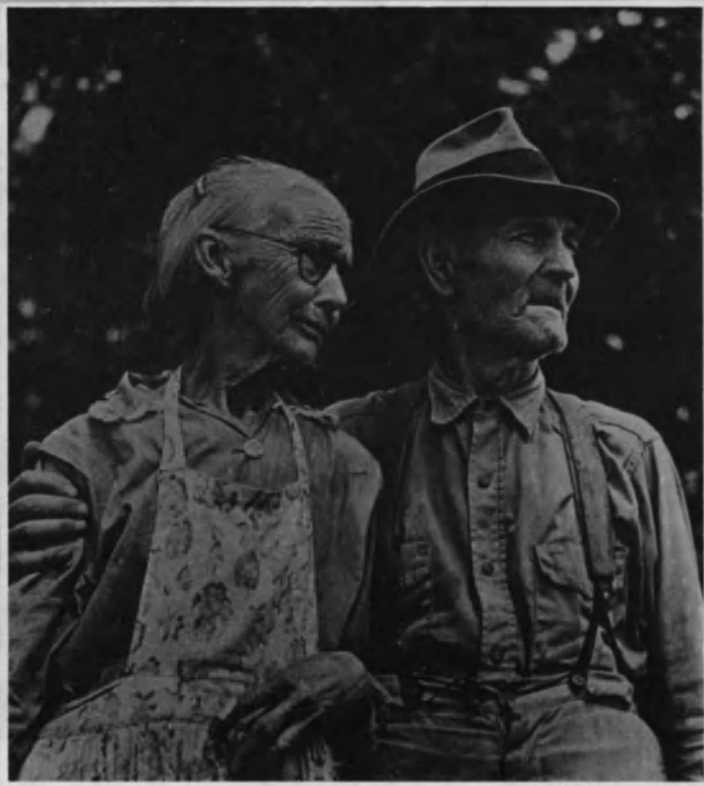
que no tienen por qué excusarse del curso principal que ha seguido su historia. Saben que han cometido errores y reconocen que esos errores pesan mucho en la balanza planetaria, pues un país que tan importante lugar ocupa en la escena mundial puede hacer tambalear muchas cosas cuando tropieza.

Sin embargo, por muy críticos que puedan mostrarse para con su propio país, la mayoría de los norteamericanos piensan también que, si el mundo ha progresado y mejorado, ello se debe en parte a los doscientos años de su historia. ¿Puede nadie que no sea un obcecado ideólogo creer realmente que el planeta sería hoy más libre si durante esos dos siglos no hubiesen existido los Estados Unidos?

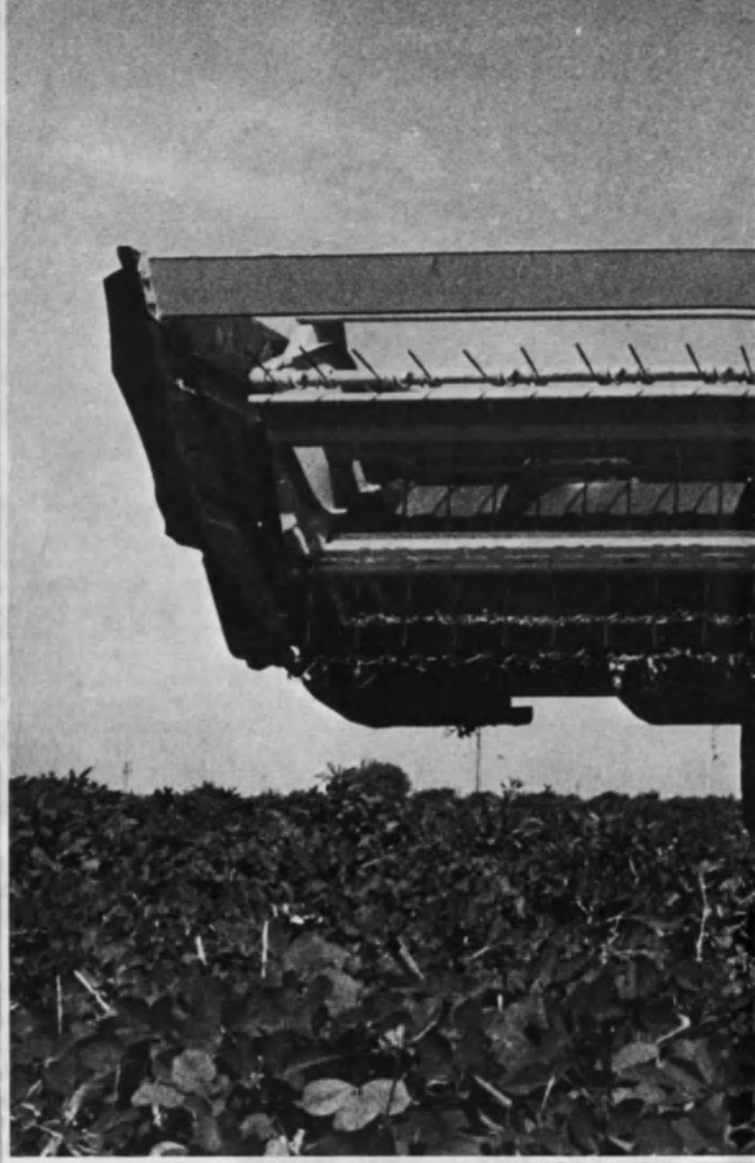
Ciertamente, hoy como en 1776, a los norteamericanos les desconciertan los problemas de política exterior. No faltan quienes desearían desentenderse completamente del mundo. Por desgracia, como nació los norteamericanos corren el riesgo de mostrarse cada vez más provincianamente incapaces de hablar el lenguaje de los demás. Es cada vez menor el número de estudiantes que aprenden un idioma extranjero; y el de los que estudian en el extranjero se ha reducido a la mitad en tres años. Muchos afirman que, puesto que el mundo habla inglés, es inútil aprender otra lengua, con lo que se deja de comprender algo de capital importancia: que una cultura sólo puede comprenderse, valga la expresión, «en su propia salsa», es decir en su propio idioma.

¿Qué es, pues, lo que los norteamericanos esperan del mundo? Un día se dijo que deseaban ser queridos. Ahora se quejan de que siempre les están diciendo que deben comprender los problemas de este o aquel país, cuando son muy pocos los que

SIGUE EN LA PAG. 47



1 Foto © Holmes-Lebel, Paris



2

Foto © Parimage, Paris

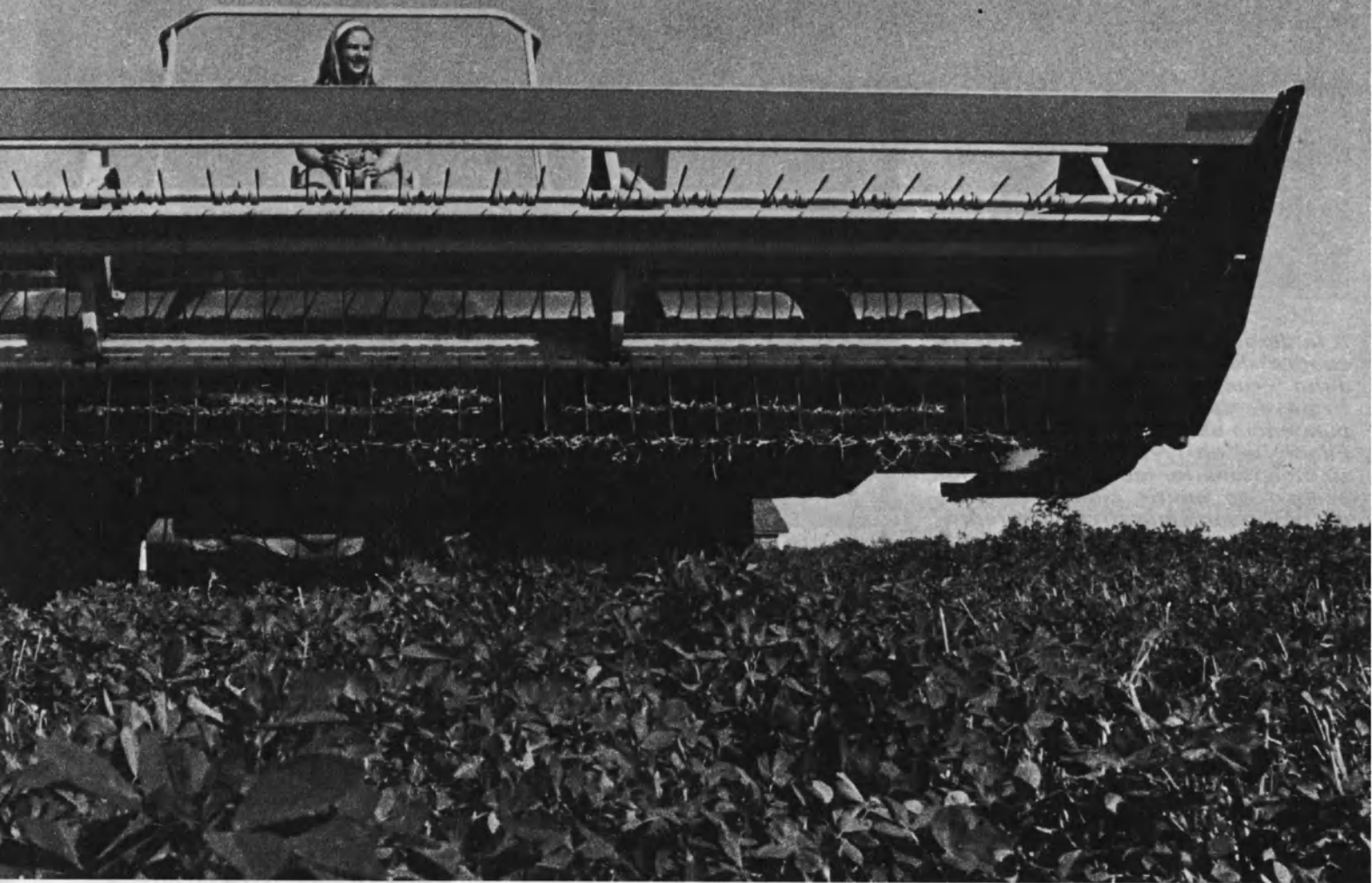


3

4

Fotos Mike Charity © Parimage, Paris





REVOLUCION NORTEAMERICANA EN LA AGRICULTURA

En 1776 el 90% de los norteamericanos trabajaban la tierra. Hoy lo hacen solamente el 5%. Sin embargo, gracias a la mecanización de la agricultura, ese 5% produce alimentos suficientes para toda la población de los Estados Unidos y millones de toneladas que se exportan a otros países. (1) La ciencia y la tecnología han originado una revolución en la agricultura norteamericana desde la época en que este veterano agricultor y su mujer comenzaron a labrar la tierra hace unos 50 años. En aquella época un trabajador producía alimentos suficientes para 10 personas; hoy día, un solo agricultor norteamericano puede satisfacer las necesidades alimentarias de 45. (2) Los métodos científicos y las máquinas agrícolas, como la cosechadora gigante que en la foto maneja una sonriente muchacha, han incrementado enormemente la producción. (3-4) Un agricultor moderno, pilotando su propio « minihelicóptero », puede examinar desde el aire en pocos minutos sus vastos terrenos de cultivo. (5) Sentado cómodamente en la casa de su rancho, un ganadero norteamericano utiliza un circuito cerrado de televisión y un sistema de teléfono interior para informarse sobre el estado de uno de sus becerros. Su rancho ultramoderno posee una computadora y un laboratorio.

5

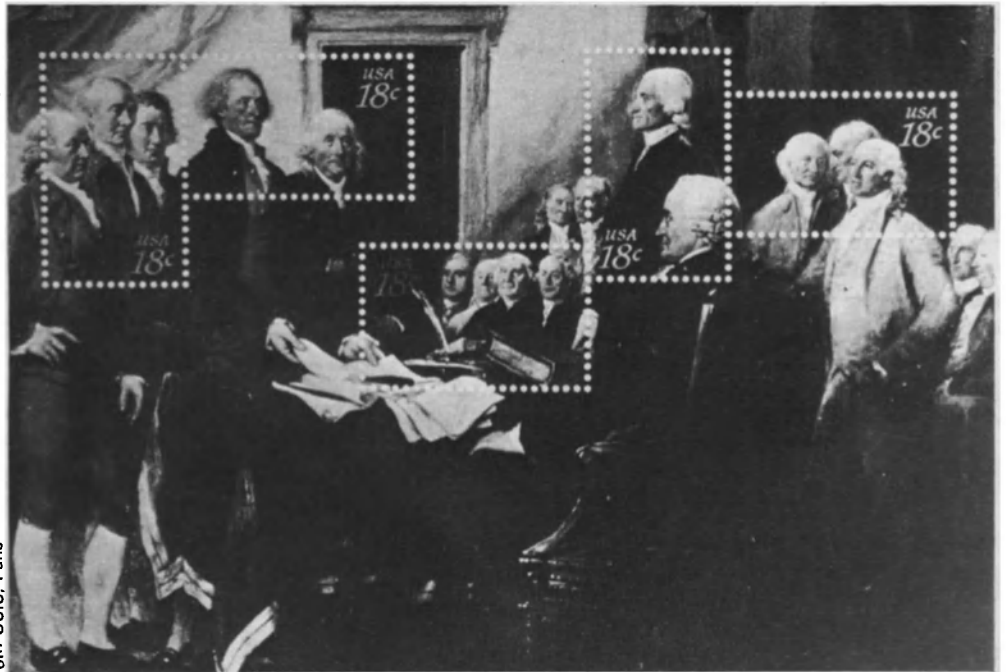


DOS ARQUITECTOS DE LA INDEPENDENCIA



A la derecha, un detalle del célebre cuadro del artista norteamericano John Trumbull que representa la firma de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en Filadelfia, en 1776. Con ocasión de su bicentenario, los Estados Unidos acaban de emitir cinco sellos de correos conmemorativos que reproducen el detalle del cuadro, en el que aparecen las figuras más destacadas de la lucha por la independencia norteamericana. Arriba, uno de esos sellos en el que puede verse a Tomás Jefferson y a Benjamín Franklin. En esta página y en la 19 ofrecemos una breve biografía de ambos.

Foto USIS, París



1. Tomás Jefferson

Tomás Jefferson, virginiano de nacimiento, autor de la Declaración de Independencia y tercer Presidente de los Estados Unidos, es un notable ejemplo de hombre de acción dotado al mismo tiempo de gran talento para la reflexión y la filosofía. Como dicen dos historiadores modernos, Jefferson es «el símbolo peculiar de la Revolución Norteamericana» porque «la suya fue una rebelión perpetua, una eterna declaración de independencia contra las fuerzas que trataban, y siguen tratando, de aherrojar el espíritu humano».

Fue un hombre universal según el modelo renacentista; en la extensísima gama de sus actividades se incluían las matemáticas, la música (era un violinista consumado), la arquitectura, la astronomía, la meteorología, las ciencias naturales, la lingüística (conocía media docena de idiomas y escribió vocabularios de las lenguas indias) y la agricultura científica. A ello hay que añadir, naturalmente, la historia, la política y la educación en torno a las cuales escribió cosas profundas y originales.

Escritor y teórico de la política

Durante toda su vida Jefferson luchó pluma en ristre contra «toda clase de tiranías sobre la mente humana». Su primera obra publicada, *A Summary View of the Rights of British America* (Exposición sucinta de los derechos de la América británica), opúsculo de 1774 en el que atacaba la intransigencia de la metrópoli para con sus colonias, le valió una reputación de excelente prosista.

Dos años después, aunque sólo había cumplido 33 años, el Congreso Continental de las colonias norteamericanas le confió la tarea de redactar la Declaración de Independencia en razón de su talento para expresar con lucidez y claridad lo que todos pensaban. Jefferson escribió otros muchos documentos públicos de gran importancia, como sus *Notes on the Establishment of a Money Unit* (Nota sobre la creación de una unidad monetaria), en que proponía la adopción del sistema, aun vigente, de dólares y centavos. Sus *Notes on Virginia* (Notas sobre Virginia) contienen una gran masa de observaciones ori-

ginales sobre la naturaleza y una exposición de sus creencias e ideales.

La larga vida pública de Jefferson — legislador de Virginia, Gobernador de este mismo Estado, miembro de la Cámara de Representantes, Embajador norteamericano en Francia, Secretario de Estado y Vicepresidente — culminó con sus dos mandatos como Presidente (1801-1809). A lo largo de su carrera su meta principal fue proporcionar al individuo una mayor libertad. Con tal fin él y James Madison pidieron insistentemente, y consiguieron, que se añadiera a la Constitución una Declaración de Derechos en la que se garantizara a cada ciudadano las libertades fundamentales. Son éstas las diez primeras enmiendas a la Constitución, que garantizan la libertad religiosa, la libertad de expresión y de prensa, la de reunión, etc.



Grabado que reproduce un retrato, hoy perdido, de Jefferson, pintado del natural por su amigo Tadeo Kosciusko en Filadelfia, en 1798. Kosciusko (1746-1817) fue un famoso político y general polaco que se distinguió como voluntario en la Guerra de Independencia norteamericana.



Unos pocos libros de la biblioteca de Jefferson, que constaba de 6.400 volúmenes. Vendida al Congreso en 1815, sirvió de base para la creación de la Biblioteca del Congreso de Washington.

Jefferson fue uno de los principales impulsores de la expansión norteamericana hacia el Oeste. En 1784 escribió un informe sobre el gobierno de las tierras al oeste de los montes Apalaches. De ser aprobado tal como él lo presentó, la esclavitud habría quedado prohibida en todas esas regiones a partir de 1800. Debe sin embargo señalarse que Jefferson aceptaba la esclavitud en las primitivas colonias y que su plan en favor de la «educación general» excluía a las muchachas.

En 1803, siendo Presidente, aprobó la compra a Francia de la Luisiana, vasta región entre el Misisipí y las montañas Rocosas con cuya adquisición casi se duplicó el territorio de los Estados Unidos.

Científico, arquitecto e inventor

Hoy se le reconoce a la Jefferson un papel de adelantado en lo que atañe a varias ciencias, particularmente la paleontología, la etnología, la geografía y la botánica. De 1797 a 1815 fue presidente de la American Philosophical Society y durante toda su vida mantuvo correspondencia con un número extraordinario de científicos y filósofos. Fue, además, uno de los más notables arquitectos norteamericanos de su tiempo.

En Monticello, mansión que construyó en su estado natal de Virginia, se encuentra una colección de ingeniosos artefactos inventados por Jefferson: una máquina para hacer copias de manuscritos que recibió el nombre de «polygraph»; una veleta conectada a un disco instalado en el cielo raso gracias al cual podía observarse desde el interior la dirección del viento; la silla giratoria; un sistema de poleas para colocar en una cavidad del cielo raso la cama durante el día; un reloj que indicaba los días de la semana... El perfeccionamiento que hizo del arado tradicional le valió ser considerado inventor del arado moderno.

La pasión de Jefferson por la libertad intelectual se advierte también en su lucha por la educación y en el Estatuto de Virginia que redactó en 1786. El Estatuto prohibía todo tipo de discriminación religiosa en el Estado y era parte de un vasto plan de reformas estatales propuestas por Jefferson.

Tras cesar en 1809 como Presidente de los Estados Unidos, Jefferson dedicó el resto de su vida a su soñada universidad: trazó los planos del edificio, supervisó los trabajos de construcción hasta en sus más mínimos detalles, elaboró los planes de estudios, contrató a los profesores y seleccionó los libros para la biblioteca.

Jefferson murió el 4 de julio de 1826, justo cuando se cumplían cincuenta años de la Declaración de Independencia.

Foto © Museo du Pont Winterthur, Delaware, EUA

Foto Erich Lessing © Magnum, París

SOBRE la DECLARACION de INDEPENDENCIA

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos constituye uno de los documentos más importantes que se hayan escrito sobre la libertad y los derechos humanos. Ofrecemos a continuación algunos fragmentos sobresalientes de la Declaración acompañados de notas y comentarios explicativos que no dejarán de interesar a nuestros lectores, cualquiera que sea su edad. Tanto los textos como la presentación gráfica de estas páginas están tomados del folleto *About the Declaration of Independence. A Scriptographic Booklet*, publicado por Channing L. Bete Co., Inc. (45 Federal Street, Greenfield, Mass., EUA, 01301 (c) 1969), con cuya autorización se reproducen aquí.

¿Qué
ES la
"DECLARACION de
INDEPENDENCIA"
?

Es el documento redactado por los delegados de las 13 colonias y aprobado el 4 de julio de 1776, en el que exponen las razones por las cuales habían decidido independizarse de Inglaterra.

Su propósito era informar a todos, dentro y fuera del país (particularmente al Rey Jorge III y al Parlamento Británico), acerca de sus agravios y sus objetivos.



la DECLARACION

1 exponía las **CAUSAS inmediatas**

que condujeron a la Revolución:

**IMPUESTOS
RESTRICCIONES al
COMERCIO
CAMBIOS en el
GOBIERNO**

y otras quejas
contra el Rey

2 la **DECLARACION** formulaba una **TEORIA REVOLUCIONARIA del GOBIERNO**

basada en la idea de un **PACTO** o **CONTRATO** entre los gobernantes y el pueblo, a saber, "que **TODOS** los hombres están dotados de **DERECHOS NATURALES**, entre ellos el derecho a la **LIBERTAD**, que ninguna persona o grupo tiene potestad para arrebatárselos", y que los hombres tienen también derecho a romper con un gobierno que se inmiscuya en el ejercicio de aquéllos

la Declaración es importante porque constituye

- 1 el ORIGEN del gobierno de los ESTADOS UNIDOS
- 2 el DOCUMENTO que hizo "oficial" la GUERRA REVOLUCIONARIA
- 3 la exposición más famosa de la TEORIA de la DEMOCRACIA



la DECLARACION DE INDEPENDENCIA

1 establecía un **PROPOSITO COMUN** y un **común sistema de IDEAS POLITICAS**

¡O permanecemos estrechamente unidos o nos ahorcarán separadamente!



DECLARACION ATRIBUIDA A BENJAMIN FRANKLIN, uno de los firmantes

Fue una declaración unánime de los nuevos Estados... una promesa hecha a todos y cada uno de los norteamericanos. Los firmantes sabían que si perdían, perderían también sus bienes y sus vidas por traidores al Rey

2 advertía de cuál es la finalidad de las **LEYES** y del **GOBIERNO**



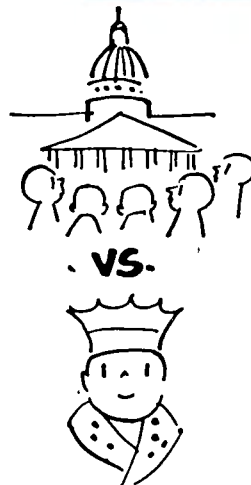
a saber, ofrecer a **CADA** persona las **MISMAS** garantías respecto de los fundamentales **DERECHOS HUMANOS** a "la **VIDA**, la **LIBERTAD** y la **BUSQUEDA** de la **FELICIDAD**"

3 definía las **RELACIONES** entre **NACIONES**



la idea de que un imperio debe ser una **FEDERACION** de **ESTADOS INDEPENDIENTES** que delegan sólo poderes concretos y limitados al gobierno central

4 formulaba un **POSTULADO** básico del **PENSAMIENTO POLITICO**



que es aplicable a todos los individuos en todas partes: una afirmación clara de la idea del gobierno por **CONSENTIMIENTO** en oposición a la idea del gobierno de **DERECHO DIVINO**, es decir el del Rey cuya autoridad emana directamente de Dios

DECLARACION DE INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

PREAMBULO

↗ Explica la finalidad del documento subsiguiente

Hace hincapié en que la independencia era necesaria: los colonos tenían que formar un nuevo gobierno para proteger sus derechos humanos

EN CONGRESO, 4 de julio de 1776
Declaración unánime
de los trece Estados Unidos de América

Pone de relieve el consenso entre las distintas colonias, que antes habían disputado entre sí. Los delegados sabían que su fuerza dependería de la unión

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro y asumir entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual a que las Leyes de la Naturaleza y el dios de esa Naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación

Explica al mundo entero (incluidos aquellos países que pudieran llegar a ser sus aliados) las razones de los colonos para separarse de Gran Bretaña

Los hombres y los países son iguales según la "ley natural", distinta de las "leyes de los hombres", y tienen derecho a la misma libertad política (por tanto, se suprimen los títulos tales como Rey, Príncipe, Duque, etc.)

Señala nuevamente la renuencia de las colonias a declarar su independencia hasta que se vieron forzadas a hacerlo

Esto lleva a los delegados a **RESUMIR** los **PRINCIPIOS** de la **DEMOCRACIA** →

RESUMEN de los "PRINCIPIOS de la DEMOCRACIA"

sin discusión posible: los derechos humanos son una realidad manifiesta

la misión de los gobiernos es salvaguardar la libertad individual

El pueblo tiene frente a su país la responsabilidad de hacer cesar un mal gobierno en bien de la mayoría

Sostenemos como evidentes estas verdades : que todos los hombres son creados iguales ; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables ; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad ; que para garantizar estos derechos se instituye entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados ; que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene el derecho a reformularla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que juzgue ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad. La prudencia, claro está, aconsejará que no se cambie por motivos leves y transitorios gobiernos de antiguo establecidos ; y, en efecto, toda la experiencia ha demostrado que la humanidad está más dispuesta a padecer, mientras los males sean tolerables, que a hacerse justicia aboliendo las formas a que está acostumbrada. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, dirigida invariablemente al mismo objetivo, demuestra el designio de someter al pueblo a un despotismo absoluto, es su derecho, es su deber, derrocar ese gobierno y establecer nuevos resguardos para su futura seguridad. Tal ha sido el paciente sufrimiento de estas colonias ; tal es ahora la necesidad que las obliga a reformar su anterior sistema de gobierno.

ningún Rey o Parlamento tiene derecho alguno a menoscabarlos o suprimirlos

todo gobierno que no defienda estos derechos es injusto y debe ser cambiado

los norteamericanos han sopesado cuidadosamente su decisión, no se trata de un "juicio a la ligera"

1 DERECHOS HUMANOS

la importancia de los derechos humanos por encima del derecho divino — los derechos del pueblo antes que los del Rey.

2 LEY NATURAL

es ésta una noción capital que se desarrolló en los siglos XVII y XVIII ; según ella, el universo entero está ordenado de conformidad con un plan racional que cualquier hombre puede descubrir por sí mismo contemplando simplemente el mundo que le rodea. La ley natural, incluidos los derechos del individuo a la vida y a la libertad, es más importante que las leyes dictadas por los hombres, las cuales deben ser cambiadas cuando entran en conflicto con aquélla.

3 REGLA DE LA MAYORIA

importancia de la REGLA DE LA MAYORIA—cuando la mayor parte de la población está convencida de que un gobierno ya no se halla a su servicio, tiene derecho a cambiarlo.

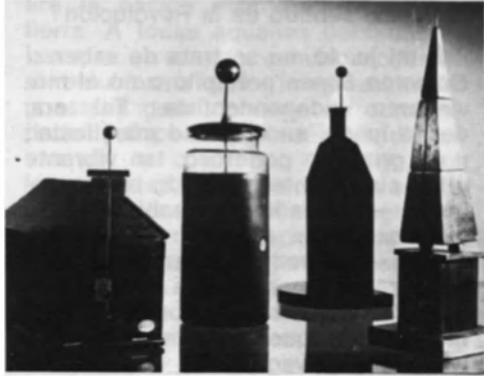
IDEAS QUE HOY NOS SON FAMILIARES, pero los colonos fueron de los primeros que las llevaron a la práctica.

Los norteamericanos creían en }
3 IDEAS ESENCIALES }
aplicables a todos los individuos }
y a todos los gobiernos }

2. Benjamín Franklin

Benjamín Franklin, una de las más eminentes personalidades de la historia norteamericana, poseía un genio polifacético y un sólido sentido común. Durante su larga y fructífera existencia (1706-1790), se interesó por cosas tan diferentes como los asuntos del Estado y la fabricación de jabón, la impresión de libros y el cultivo de las coles, el ascenso de las mareas y la caída de los imperios. Como científico fue uno de los primeros que estudiaron a fondo la electricidad; y en sus tareas de inventor no tiene par en Norteamérica hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Foto Erich Lessing © Magnum, París



A la derecha, retrato de Benjamín Franklin, obra del artista escocés David Martin. Fue el propio Franklin quien le pidió que lo pintara, cuando se encontraba en Londres en 1767, para ofrecérselo a su familia. Posteriormente lo legó al Consejo Ejecutivo de Pensilvania.

Foto © Lt. Col. M.W. Arps Jr., Roloc Transparency, Washington D.C.



En 1752 Franklin realizó su célebre experimento consistente en hacer ascender una cometa en medio de una tempestad para demostrar que el rayo es un fenómeno eléctrico. Fue así como concibió y construyó el pararrayos. A la izquierda, algunos modelos empleados por Franklin para su invento. Abajo, un dibujo que data de 1778 en el que el artista propone una aplicación, más bien humorística, del invento de Franklin.

Impresor, editor y hombre de letras

En 1718, a la edad de 12 años, Franklin empezó a trabajar como aprendiz de impresor bajo las órdenes de su hermano mayor James. A los 24 años fundó y dirigió su propio periódico, que pronto fue uno de los de que más éxito obtenían en las colonias. En 1732 lanzó su famoso « Poor Richard's Almanach » (Almanaque del pobre Richard), que escribió y editó él mismo hasta 1757 y que se dio a conocer por sus ingeniosos aforismos sobre el valor de la frugalidad, de la laboriosidad y de la vida sencilla. Aprendió él solo francés, italiano, español y latín y contribuyó a la fundación de la American Philosophical Society en la que se reunían los científicos y los especialistas en humanidades.

Aun después de ser mundialmente famoso, continuaba refiriéndose a sí mismo con las modestas palabras « Benjamín Franklin, impresor ».

Reformador social y dirigente cívico

Franklin propuso múltiples proyectos para reformar la sociedad y para fomentar el espíritu comunitario. Enemigo de la esclavitud, fue presidente de la primera asociación antiesclavista norteamericana y su último acto público fue firmar un llamamiento al Congreso para que aboliera rápidamente la esclavitud de los negros. En 1737, siendo administrador de correos de Filadelfia, transformó y aceleró sus servicios postales (cosa que más tarde hizo para todas las colonias en su calidad de director general adjunto de correos).

El fue también quien creó, en Filadelfia, la primera biblioteca norteamericana por suscripción. En la misma ciudad organizó un servicio de bomberos y reformó la policía municipal. Contribuyó asimismo a fundar una academia que terminó por convertirse en la Universidad de Pensilvania. Irritado ante la despreocupación general por los enfermos, reunió dinero para construir un hospital municipal (el primero de Norteamérica) y para cuidar a los enfermos mentales.

Inventor y científico

Franklin fue uno de los primeros científicos que experimentaron con la electricidad, demostrando en 1752 que el rayo es un fenómeno eléctrico



Foto Boyer © Roger-Viollet, París

(véase la ilustración de esta página). Se hizo famoso por sus variadas realizaciones científicas: la « estufa de Franklin » que calentaba más que las chimeneas abiertas y que necesitaba menos combustible, varios métodos para mejorar los suelos, la utilización del aceite para calmar el mar revuelto, etc.

La Royal Society de Londres honró su obra científica entera nombrándole miembro en 1756; lo mismo hizo la Academia de Ciencias francesa dieciséis años después. Con el tiempo llegó a ser miembro de casi todas las sociedades científicas de Europa.

Estadista y diplomático

Como estadista, Franklin fue una de las personalidades capitales que crearon los Estados Uni-

dos. En su calidad de delegado al Congreso Continental, fue uno de los principales redactores de la Declaración de Independencia (véase el cuadro de la página 14). Sólo a él le cupo firmar los cuatro documentos clave de los comienzos de la historia norteamericana: la Declaración de Independencia, el Tratado de Alianza con Francia, el Tratado de Paz con la Gran Bretaña y la Constitución de los Estados Unidos.

La acción de Franklin como embajador de los Estados Unidos en Francia contribuyó grandemente a la victoria norteamericana en la Guerra Revolucionaria. En París se le dispensó una acogida excepcional. A los franceses les encantaron sus dichos ingeniosos y sabios, su tacto y su cortesía. La multitud le seguía por las calles y los poetas escribieron versos en su honor. Muchos historiadores le consideran el mejor diplomático que los Estados Unidos hayan tenido nunca. Ya en 1754 Franklin propuso su « Plan de Unión » para reunir a las trece colonias norteamericanas en « un solo gobierno ». El plan contenía ideas que después quedaron incorporadas en la Constitución. Entre 1757 y 1775 actuó de embajador oficioso de las colonias en Gran Bretaña y se unió a la lucha contra la Stamp Act (Ley del Timbre) con la cual el Parlamento británico trataba de hacer tributar a los ciudadanos de las colonias norteamericanas, defendiendo vigorosamente los intereses de éstas hasta que la ley fue derogada en 1766 (véase la ilustración de la página 21). Como humanista, Franklin mostró toda su vida una honda preocupación por la felicidad, el bienestar y la dignidad de los seres humanos. « Permita Dios — escribía en una de sus últimas cartas — que no sólo el amor a la libertad sino también un pleno conocimiento de los derechos humanos impregne a todas las naciones del orbe, de modo que un filósofo pueda poner sus pies en cualquier lugar y decir: 'Esta es mi patria'. »

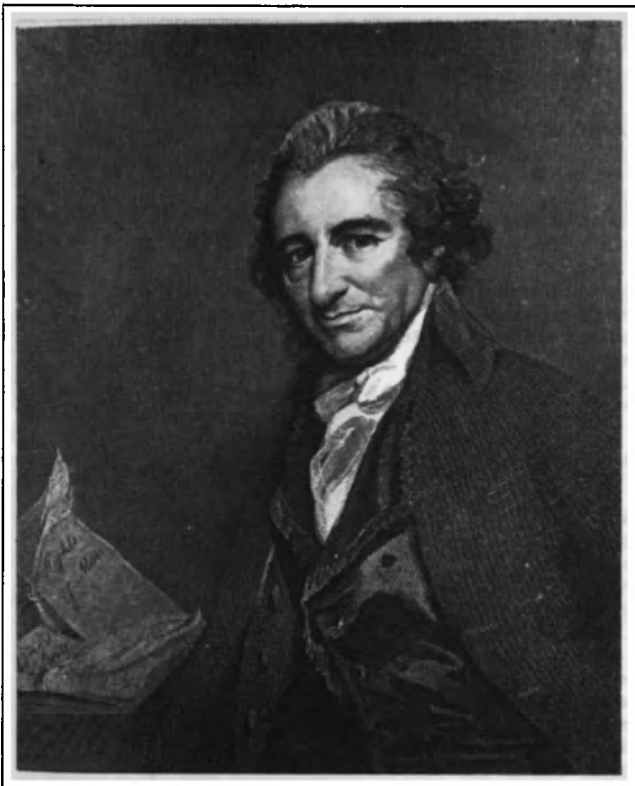


Foto © Patrimage, Paris

Retrato de Thomas Paine grabado a partir de un cuadro del pintor inglés del siglo XVIII George Romney.

THOMAS PAINE ADALID DE LA REVOLUCION NORTEAMERICANA

Cómo el "sentido común"
se sublevó contra la tiranía

por **Bernard Bailyn**

Texto ©. Prohibida la reproducción

COMMON Sense (El sentido común) es el más brillante opúsculo escrito durante la Revolución Norteamericana y uno de los más brillantes jamás escritos en inglés. Sólo el genio puede explicar que la obra fuera escrita por un cuáquero, fabricante de corsés en bancarota, que antes había sido maestro, predicador, tendero y recaudador de contribucio-

BERNARD BAILYN, historiador y educador norteamericano, es desde 1966 catedrático de historia de la Universidad de Harvard. Entre sus obras, que abarcan una gran variedad de temas relativos a la historia de las ideas y a la historia social y económica de los Estados Unidos, figuran *The Ideological Origins of the American Revolution* (1967), que obtuvo el premio Pulitzer, y *Pamphlets of the American Revolution*. El autor presentó una versión más extensa de este artículo al segundo simposio sobre la Revolución Norteamericana organizado por la Biblioteca del Congreso de Washington en mayo de 1973.

nes dos veces destituido, que consiguió atraer la atención de Benjamín Franklin en Inglaterra y que sólo llegó a América catorce meses antes de la publicación de *Common Sense*. Se llamaba Thomas Paine.

Se trata, en efecto, de una obra genial, impetuosa, desordenada y directa. En palabras de Benjamín Rush, el libro «salió de la imprenta y surtió unos efectos que rara vez han producido escritos y documentos en ninguna época y en ningún país». Según Franklin, «su repercusión fue prodigiosa». Y es que la obra hacía vibrar una fibra extraordinariamente sensible de la conciencia política norteamericana en el confuso período en que apareció.

Su autor era inglés, y no norteamericano. Paine tenía un conocimiento mínimo de los asuntos norteamericanos cuando decidió servirse

de una invitación de Franklin a que escribiera una historia de la disputa anglonorteamericana como pretexto para redactar un apasionado opúsculo en pro de la independencia norteamericana. Y, sin embargo, no solamente expresa *Common Sense* algunas de las aspiraciones más profundas del pueblo norteamericano en vísperas de la Revolución sino que además evoca, con espléndido vigor y con gran perfección expresiva, anhelos y aspiraciones que han seguido formando parte integrante de la cultura estadounidense hasta hoy.

¿Por qué, doscientos años más tarde, resulta tan extraordinario este documento? ¿Qué problemas nos plantea, habida cuenta del conocimiento que hoy tenemos de las causas y del sentido de la Revolución?

A mi juicio, no se trata de saber si *Common Sense* precipitó o no el movimiento independentista. Tal era, desde luego, su finalidad manifiesta; y un grito tan poderoso, tan vibrante y tan claramente percibido en las colonias — todos los que sabían leer lo tuvieron de un modo u otro en sus manos — no podía por menos de incitar a ciertas personas a cambiar de opinión. El libro contribuyó indudablemente a que algunos individuos vacilantes y vagamente conservadores, que todavía no se habían decidido, reflexionaran sobre el futuro que podía abrirse para América del Norte.

Apareció, en efecto, en el momento quizás más oportuno para surtir su máximo efecto. Salió de la imprenta el 10 de enero de 1776. Nueve meses antes se habían producido las primeras escaramuzas de la Guerra Revolucionaria y siete meses antes una sangrienta batalla en Breed's Hill, en la bahía de Boston, que era el cuartel general del ejército británico en América y que quedó sitiado por los soldados de las colonias.

Era evidente que había en cierto modo un estado de guerra; no lo era tanto, en cambio, el objetivo de la contienda. En el Congreso Continental existían discrepancias acerca de cuál debería ser la finalidad de una victoria militar, en el caso de que se lograra. Un grupo de dirigentes influyentes y bien organizados, especialmente los de Massachusetts, estaban convencidos de que solamente la independencia respecto de Inglaterra podía satisfacer adecuadamente las necesidades norteamericanas. Benjamín Franklin, que acababa de regresar de Londres, había llegado a la misma conclusión, al igual que quienes profesaban ideas similares en Filadelfia.

Pero no era ésta la opinión común del Congreso, ni tampoco la de la población en su conjunto. Ni una sola colonia había dado instrucciones a sus delegados para que se pronunciaran en favor de la independencia, y el Congreso no había tomado ninguna medida que fuera incompatible con el principio — que seguía siendo el

predominante — de que el objetivo de los norteamericanos era obligar al Parlamento británico a reconocer las libertades por ellos reclamadas y a reparar los agravios que, desde hacía mucho tiempo y de muy diversos modos, ya habían explicado al mundo entero. Las ideas más generalizadas del momento — y, de hecho, el mero sentido común — se oponían a la noción de independencia.

Esto puede parecer una exageración, pero no lo es tanto afirmar que, a principios de enero de 1776, había que ser un loco o un fanático para propugnar la independencia de Norteamérica.

Todo el mundo sabía que Inglaterra era la nación más poderosa de la tierra. A todas aquellas personas en las que el sentido común moderaba el entusiasmo y la imaginación les constaba que una serie de colectividades prósperas pero débiles, dispersas por la costa del Atlántico, que formaban las trece colonias, en cuanto perdieran la protección de Inglaterra se verían arrolladas por las potencias europeas rivales, cuyos conceptos e instituciones políticas eran lo más opuesto a lo que los norteamericanos luchaban por conservar.

La idea más evidente de todas era que las libertades que los norteamericanos reclamaban tenían un carácter esencialmente británico: habían sido conseguidas por la Gran Bretaña a lo largo de los siglos y se habían encarnado en una constitución cuyo admirable equilibrio entre las exigencias del Estado y los derechos del individuo era considerado en todo el mundo occidental como uno de los más perfectos logros humanos.

También era evidente, por supuesto, que algo no marchaba bien últimamente. En las colonias solía estimarse que el famoso equilibrio de la constitución, tanto en la Gran Bretaña como en Norteamérica, había quedado desbaratado por obra y gracia de una pandilla de ministros depravados, codiciosos de poder, los cuales habían empezado a interesarse por las colonias debido a la torcida interpretación de ciertos funcionarios coloniales, que esperaban encontrar un ancho cauce para obtener influencia y fortuna ampliando el poder de la Corona en aquéllas.

Pero la constitución británica había sufrido ya rudos embates y, si bien en ciertos momentos hubo que aplicar medidas muy radicales para restaurar el equilibrio, nadie con sentido común podía llegar a la conclusión de que la constitución misma fuera defectuosa; nadie había puesto nunca en duda el principio de que la libertad, tal como la conocían los colonos, se basaba en un equilibrio estable entre los tres principales estamentos socioconstitucionales, a saber el trono, la nobleza y el pueblo, cada uno de ellos con su propio órgano de

gobierno: la Corona, la Cámara de los Lores y la de los Comunes.

Si ese equilibrio se había derrumbado momentáneamente, los norteamericanos, al igual que los británicos anteriormente, tenían que luchar para restaurarlo, esto es, eliminar a los malvados y volver a ponerse bajo la protección del único sistema que había existido nunca para garantizar a la vez la libertad y el orden.

Norteamérica había florecido bajo este saludable sistema, y era simple cuestión de sentido común intentar restablecer su equilibrio. ¿Por qué destruir la estructura política más eficaz del mundo, edificada por generaciones de «arquitectos constitucionales», cada uno de los cuales se había basado en la sabiduría de sus predecesores y la había perfeccionado, simplemente porque sus actuales dirigentes fueran depravados o criminales?

con toda seguridad cual iba a ser el veredicto de la historia sobre el rumbo más acertado. Nadie podía saber quien pasaría con el tiempo por héroe y quien por cobarde o villano, quienes serían los ganadores y quienes los perdedores.

Pero Paine estaba convencido de que sabía las respuestas a todas estas preguntas, y el impacto que tuvo inmediatamente *Common Sense* se debió simplemente, en gran parte, a su tono agresivo y directo, a su tajante afirmación de que los partidarios de la independencia tenían toda la razón, frente a los leales a la Gran Bretaña. La historia se pronunció en favor de Paine, y por ello su obra se convirtió en una profecía. Pero, en el contexto histórico del momento de su publicación, su agresividad resultaba para muchas personas más insultante que profética.

Todo esto forma parte de la notable historia del libro de Paine y de los

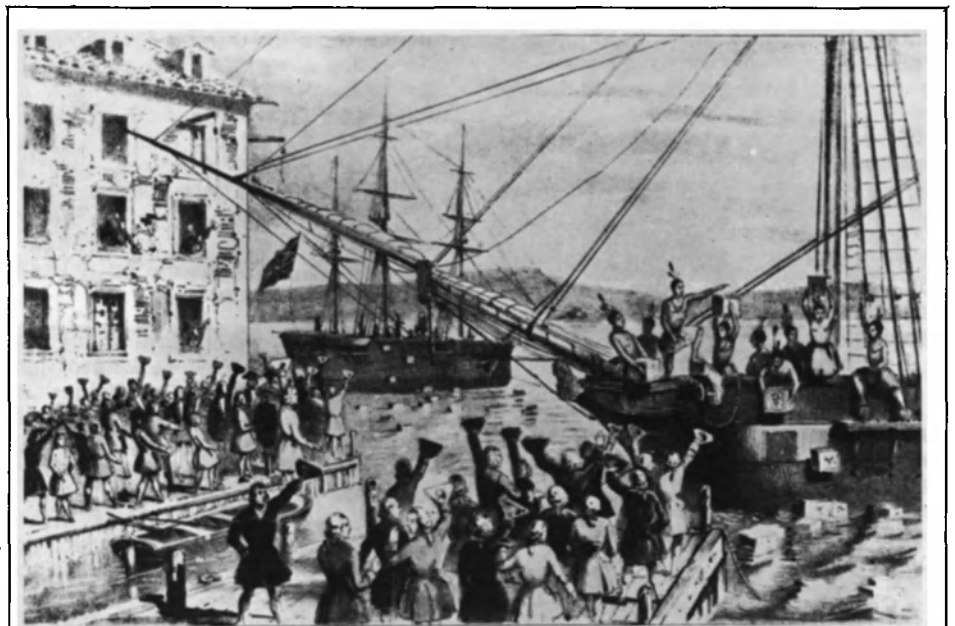


Foto USIS, París

BOSTON TEA PARTY: con este nombre irónico ha pasado a la historia un episodio de la lucha de las colonias norteamericanas contra la política británica de importar té a América. El 16 de diciembre de 1773 un grupo de colonos disfrazados de indios abordaron tres barcos británicos atracados en el puerto de Boston y echaron al agua su cargamento de té. Como represalia, los británicos dictaron las leyes conocidas con el nombre de «Intolerable Acts». Este fue uno de los factores que terminaron por desencadenar la Guerra Revolucionaria en las colonias. Unos cuantos años antes, en 1765, el gobierno británico había intentado mediante la Stamp Act (ley del timbre) hacer pagar nuevos impuestos a los colonos para el mantenimiento de las tropas inglesas en América, pero la resistencia de aquellos obligó a derogar la ley en 1766.

Tampoco era sensato pensar que aquellas colectividades débiles y mal coordinadas de la costa del Atlántico pudieran derrotar a la metrópoli en una guerra y edificar después un sistema de gobierno exento de los defectos que se habían puesto de manifiesto en el casi perfecto sistema inglés.

Mientras Paine escribía *Common Sense*, el futuro — incluso el más inmediato — resultaba completamente incierto. Nadie podía decir entonces

extraordinarios efectos que surtió entre sus coetáneos. Y, sin embargo, no creo que este aspecto de su influencia sobre el movimiento de independencia sea el más importante.

Sabemos a la vez demasiado y muy poco para poder determinar en qué medida *Common Sense* precipitó la conclusión a que llegó el Congreso a fines de julio. Hoy podemos explicar minuciosamente las diversas etapas por las que atravesó el Congreso para votar la indepen-

► dencia. Pues bien, cuanto más detenidamente examinamos los pormenores de lo que ocurrió en el Congreso a principios de 1776, tanto menor parece que fue la importancia de *Common Sense*.

Innegablemente desempeñó un papel en el trasfondo, y muchas personas, del Congreso y ajenas a él, recordaban sin duda haberlo leído cuando aceptaron la decisión final de luchar por la independencia. Pero, como señaló John Adams, fueron por lo menos tantos los que se sintieron ofendidos por el libro como aquellos a quienes convenció.

Lo que más nos impresiona ahora es algo que no tiene nada que ver con la contribución, muy difícil de valorar, del opúsculo de Paine al movimiento independentista. Prescindiendo de su resonante llamamiento en pro de la independencia, *Common Sense* posee una cualidad extraordinaria que supieron percibir pero no definir sus coetáneos y que lo singulariza con respecto a los demás textos de la Revolución, ayudándonos a comprender, a mi juicio, un aspecto esencial de ésta. En mi opinión, más útil que tratar de sopesar la influencia del libro sobre el movimiento de independencia es tratar de explicitar esa cualidad tan peculiar.

Sin duda alguna, la lengua que maneja Paine es excelente. Aunque sólo fuera por su prosa, *Common Sense* sería un texto muy notable, excepcional entre los escritos durante la Revolución Norteamericana.

En la primera parte de la obra, que es manifiestamente un ensayo sobre los principios del derecho público en general y de la constitución inglesa en particular, las ideas son relativamente abstractas y las metáforas concretas :

« Como el vestido, el gobierno es el símbolo de la inocencia perdida ; los palacios de los reyes están edificadas sobre las ruinas de las glorietas del paraíso ». En cuanto a la « tan alabada constitución de Inglaterra » era « noble para los tiempos sombríos y esclavistas en los que fue establecida » pero, según Paine, no lo es en realidad tanto, ya que « cuando el mundo estaba sometido a la tiranía, el más pequeño progreso con respecto a ella constituía una gloriosa empresa ».

¿Y qué decir del verdadero origen de los actuales monarcas, tan exaltados por los mitos y supuestamente santificados por la antigüedad? Con toda probabilidad, escribía Paine, el fundador de cualquiera de las modernas dinastías regias no fue « más que el principal rufián de alguna inquieta banda que con sus maneras salvajes y su mayor sutileza consiguió imponerse como jefe entre los saqueadores de su misma calaña y que, acreciendo su poder y ampliando sus rapiñas, obligó por el terror a los tran-

quilos e indefensos habitantes a comprar su seguridad mediante frecuentes contribuciones ».

¿Y los monarcas ingleses? « Nadie que esté en sus cabales podrá afirmar que la pretensión que esgrimen de basar su dinastía en Guillermo el Conquistador es muy honorable. Hablando claro, un bastardo francés que desembarca con una partida de bandidos armados y se declara rey de Inglaterra contra la voluntad de los nativos, es un vil y consumado truhán ». La realidad es que, por doquier, la monarquía hereditaria « ha valido al mundo sangre y cenizas ».

Es en la tercera parte — « Reflexiones sobre la situación actual de los asuntos norteamericanos » — donde llega a ser más vivo y eficaz el estilo de Paine. Todas estas páginas llevan una gran carga emotiva, y hasta los pasajes líricos debieron de parecer entonces proféticos :

« No ha brillado nunca el sol sobre una causa más noble... No es éste el quehacer de un día, de un año o de una época ; la posteridad está prácticamente empeñada en la porfía, y en ella repercutirá hasta el final de los tiempos lo que ahora se haga. La más pequeña grieta de hoy será como el nombre grabado con la punta de una aguja sobre la tierna corteza de un joven roble ; la herida se agrandará con el árbol y la posteridad la leerá en grandes caracteres. »

Los argumentos que el autor formula en esta parte de su libro, tendentes a demostrar la necesidad de la independencia norteamericana y la capacidad de las colonias para alcanzarla, están muy bien contruidos y responden a todas las objeciones a la independencia que Paine había oído. Pero a todo lo largo de sus polémicas páginas persiste la nota lírica y profética de los párrafos iniciales, y un sentido de urgencia mantiene la tensión.

« Todo lo que es justo y razonable — escribe Paine — aboga por la separación. La sangre de los muertos, la voz plañidera de la naturaleza gritan: *Ha llegado el momento de separarse.* » Hay que pasar a la acción, y el autor insiste : « Este invierno valdrá por toda una era histórica si lo empleamos bien. En cambio, si lo perdemos o lo dejamos pasar, todo el continente compartirá nuestro infortunio ». Toda posibilidad de resolver pacíficamente la disputa había desaparecido, « por lo cual, y puesto que sólo los golpes contarán, por el amor de Dios resolvámonos a una separación definitiva ».

Y Paine termina con su más vigorosa invocación :

« Vosotros los que amáis a la humanidad, vosotros los que osáis oponer no sólo a la tiranía sino también al tirano, ¡ alzaos ! El viejo mundo está totalmente dominado por

PAGINAS EN COLOR

Arriba a la derecha :
Paisaje rural típico de Nueva Inglaterra. En medio del bosque, una casa de madera pintada de blanco. A Nueva Inglaterra pertenecen seis de los trece Estados norteamericanos correspondientes a las colonias inglesas fundadas en el siglo XVII en la costa atlántica : Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut.

Abajo a la derecha :
En otoño, estación que los norteamericanos llaman « verano indio » porque aun hace calor, son varias las regiones de los Estados Unidos que presentan una maravillosa riqueza de colorido gracias a ciertas especies forestales, en particular una variedad de haya. He aquí una bella imagen otoñal, bañada en la luz dorada del cielo y del follaje.

Páginas centrales :
Esta extraordinaria imagen « impresionista » de Nueva York de noche es una fotografía tomada desde lo alto de un rascacielos. El fotógrafo impresionó en el mismo cliché cuatro imágenes distintas, desplazando cada vez ligeramente su aparato de arriba abajo. Ninguna imagen realista de Nueva York podría ser tan sugestiva como esta recreación luminosa de la gran metrópoli norteamericana.

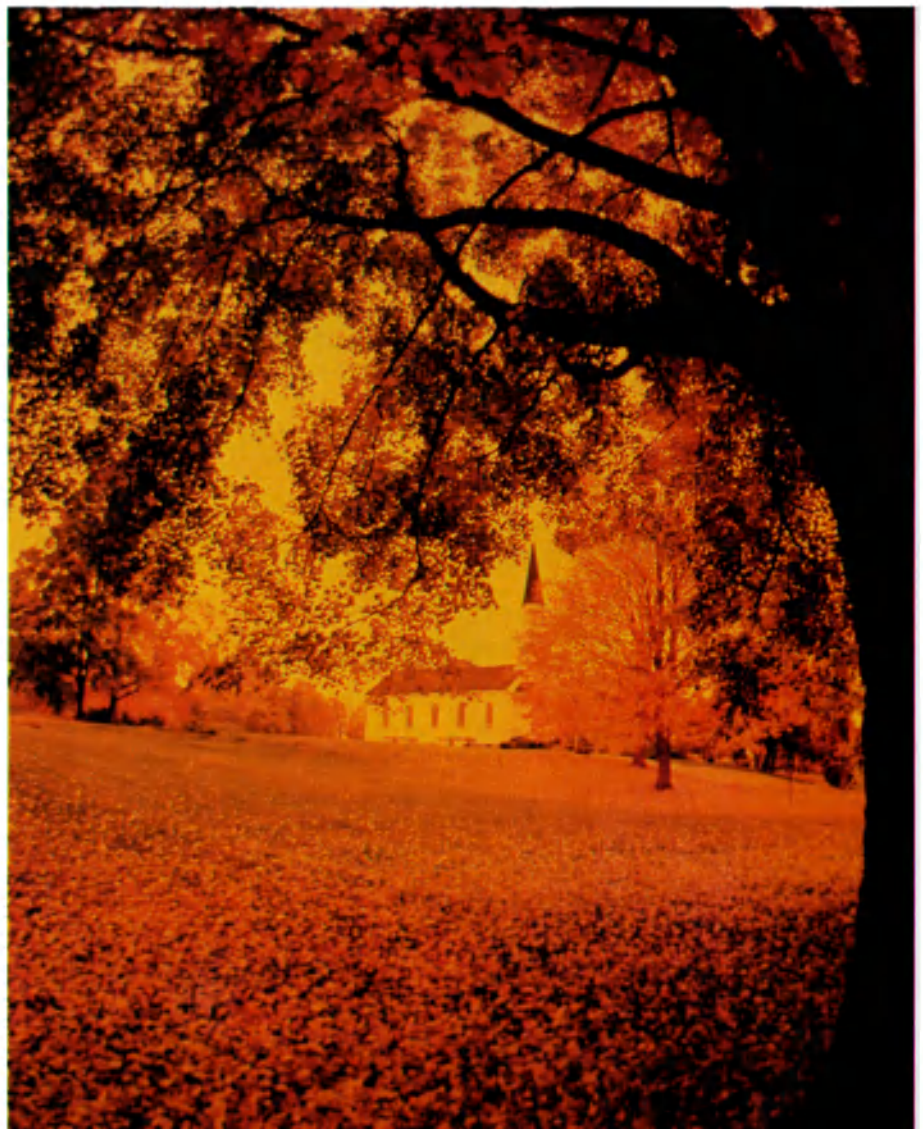
Fotos Ernst Haas © Magnum, Paris

la opresión. La libertad ha sido perseguida por toda la tierra. Asia y Africa la han expulsado desde hace mucho. Europa la considera una extraña. Inglaterra le ha dicho que debe desaparecer. Recibid a los fugitivos y preparad con tiempo un asilo para la humanidad. »

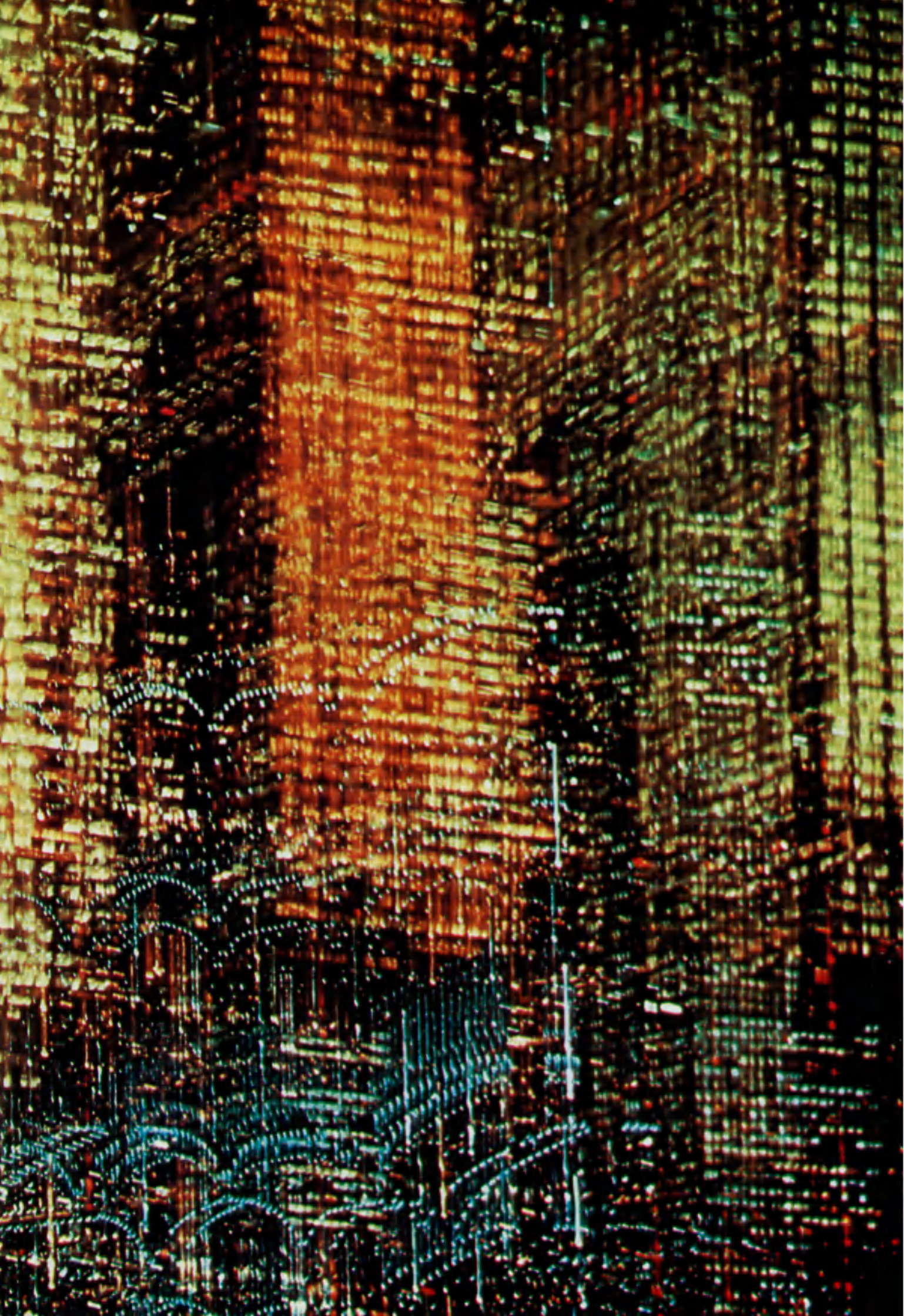
En la literatura política de la Revolución Norteamericana no hay nada que pueda compararse a este pasaje por su pura intensidad emotiva y su fuerza lírica. El vigor del texto debió de impresionar a sus lectores, acostumbrados a una prosa más gris y fría.

Hay que decir que, en verdad, *Common Sense* carece de argumentación. A cada momento puede advertirse que la lógica de Paine es deficiente en grado sumo. La gran fuerza intelectual de su opúsculo no radica en una argumentación sólida en torno a determinadas cuestiones sino en la destrucción misma de las bases en que se apoyaban los supuestos de la época, una diatriba que obligaba a los

SIGUE EN LA PAG. 27









lectores atentos no tanto a considerar un planteamiento aquí y una conclusión allá como a enfocar de una manera completamente nueva los diversos problemas.

Ninguna idea estaba más profundamente arraigada en la mentalidad británica y angloamericana que la noción de que la libertad podía subsistir en un mundo de hombres congénitamente ambiciosos y egoístas, cuando no brutales, sólo a condición de que el equilibrio entre las fuerzas contendientes estuviera institucionalizado de manera que nadie pudiera monopolizar el poder del Estado y gobernar sin una oposición efectiva. Aplicada al mundo angloamericano, esta creencia general suponía además que los tres principales protagonistas sociales según la constitución — la monarquía, la nobleza y el pueblo — tenían igual derecho a participar en la lucha por el poder: ellos eran los elementos constitutivos del mundo político.

PERO más importante aun en esta serie de nociones constitucionales, era la creencia tácita, en la cual descansaba todo lo demás, de que la complejidad en el gobierno era buena en sí misma ya que hacía posible la existencia de todo el sistema, y de que, a la inversa, la sencillez y la eficiencia de la estructura del gobierno eran un mal por conducir al monopolio del poder cuya consecuencia podía ser un Estado autocrático y brutal.

Paine atacó todo ese modelo constitucional básico, y aunque sus conclusiones fueron rechazadas en Norteamérica — sabido es que el Estado y el gobierno norteamericano se basan precisamente en las ideas que él combatió — después de la publicación de *Common Sense* ya no fue posible conceder automáticamente crédito a tales ideas, y algunas de ellas desaparecieron para siempre.

Arriba a la izquierda :

Para los norteamericanos la libertad de expresión es algo estrechamente ligado a su existencia. Con sus fórmulas científicas, sus « graffiti » burlescos, sus firmas banales, sus mensajes..., muros como el de la foto invitan a los jóvenes de hoy a expresarse sin cortapisas ni inhibiciones, aunque sea jugando a la pelota.

Abajo a la izquierda :

En 1965, en los Estados del Sur de Norteamérica había 72 negros elegidos como representantes en las asambleas legislativas federales, municipales y de los diversos Estados. Hoy son mil. En la foto, un niño negro del sur juega junto a un anciano blanco.

Fotos Ernst Haas © Magnum, Paris

Según Paine, todos los tópicos sobre el derecho público eran falsos. La complejidad no constituía una virtud del gobierno, afirmaba. Para él, lo cierto era justamente lo contrario: « Mientras más sencilla sea cualquier cosa, hay menos peligro de que se desordene y es más fácil repararla cuando se desordena. » La sencillez se hallaba implícita en la propia naturaleza y si la constitución británica había alterado el orden natural de las cosas, era solamente para servir los propósitos antinaturales de la nobleza y de la monarquía, ninguna de las cuales tenía derecho a compartir el poder con el Estado. La nobleza no era sino la reliquia muerta de la antigua « tiranía aristocrática », que había conseguido sobrevivir al amparo de unas polvorientas mitologías. La monarquía constituía algo más serio y Paine dedica algunas páginas de su opúsculo a atacar sus pretensiones.

La « real bestia de la Gran Bretaña », como llamaba Paine a Jorge III, era una figura constitucional tan ridícula como sus homólogos continentales. En efecto, aunque por su cargo constitucional había de conocer de todos los asuntos de su reino y participar en ellos activamente, su alto rango social, que le apartaba totalmente de la vida cotidiana — « como si se tratara de una nueva especie » —, le imposibilitaba para ello.

En realidad, los reyes ingleses de la Edad Moderna no hacían nada en absoluto, afirmaba Paine, salvo declarar la guerra y ofrecer regalos a sus partidarios, encargándose de todo lo demás la Cámara de los Comunes. Sin embargo, gracias a los regalos que distribuía el rey, desnaturalizaba la constitución entera. Sólo la Cámara de los Comunes podía contender por el Poder con el rey, pero ésta podía comprar a sus miembros con las recompensas de cargos honoríficos o la intimidación de la autoridad.

Por consiguiente, toda la teoría del equilibrio de la constitución británica era un engaño, dado que « la voluntad del rey equivale a la ley en Gran Bretaña y en Francia, con la diferencia de que en lugar de emanar directamente de su boca pasa al pueblo bajo la temible apariencia de un acto del Parlamento ».

Nadie — al menos nadie que escribiera en América — había defendido tan clara y convincentemente las virtudes de la República. Este es el desafío más importante que Paine lanzó contra los tópicos de su tiempo. Pero fue sólo el primero de toda una serie.

Página tras página de *Common Sense*, Paine desmontaba todos los supuestos de aquella época, que habían inculcado a los colonos, conscientemente o no, a oponerse a la independencia y, al poner de manifiesto sus prejuicios más íntimos y mofarse de ellos, obligaba a la gente a pensar

en lo impensable, a poner en entredicho lo que parecía más evidente, dando con ello el primer paso hacia lo que había de ser un cambio radical.

Como vemos, la cuestión de la independencia se había planteado siempre en términos de relación filial: las colonias eran antes criaturas que dependían, para vivir, de la « madre patria », pero habían madurado y el problema consistía en saber si eran bastante fuertes para sobrevivir y prosperar por su cuenta en un mundo formado por Estados en pugna.

Al afirmar que todo aquello era erróneo, Paine señalaba que esta, al igual que otras nociones, se debía al hecho de que los norteamericanos habían sido inducidos en error por los « viejos prejuicios y... supersticiones ». La supuesta actitud protectora de Inglaterra para con sus colonias había sido sólo una forma de expansión económica egoísta.

La realidad es, declaraba Paine, que las colonias jamás necesitaron de la protección de Inglaterra, habiendo más bien sufrido a causa de ella. Su florecimiento habría podido ser mayor si Inglaterra las hubiera ignorado, ya que su prosperidad, basada tradicionalmente en el comercio de artículos indispensables para la vida, habría seguido desarrollándose mientras « Europa conserve el hábito de comer ».

ASI pues, en las cuestiones fundamentales Paine hizo algo mucho más importante que aducir argumentos en favor de la independencia (aunque también hiciera esto): remover las bases de esas cuestiones y obligar al lector reflexivo a enfocarla desde distintos puntos de vista, abriendo de este modo al libre examen y la crítica lo que antes pasaba por ser base firme de toda discusión.

Escrito en una prosa cautivadora y enderezando su polémica no tanto contra las conclusiones a que habían llegado los adversarios de la independencia como contra sus supuestos implícitos y contra su idea de lo que era o no evidente, *Common Sense* es un opúsculo único en la literatura de la Revolución. Pero en ninguno de estos aspectos radica su más preciada cualidad interna.

Hay algo en la obra que va más allá de las dos características a que hemos aludido, un elemento que, aunque menos fácil de explicitar que los ya examinados, es quizá el más importante de todos. Ese elemento hace referencia a los aspectos sociales de la Revolución.

La tinta ha corrido abundantemente en torno al problema de hasta qué punto la Revolución Norteamericana fue una revolución social. Por mi parte, creo que hay ciertos puntos que han quedado suficientemente aclara-

dos. La Revolución Norteamericana no fue el resultado de una situación social o económica intolerable. Las colonias, formadas por comunidades ricas, habían prosperado aun más en la época en que la disputa con Inglaterra aumentó en intensidad. La Revolución no se emprendió deliberadamente con el fin de reformar a fondo el orden social ni de destruir los últimos vestigios del *ancien régime*, tal como se mantenían en Norteamérica.

Y, sin embargo, de manera indirecta existía en el movimiento revolucionario un factor social, aunque muy sutil y latente, entremezclado con otros elementos y difícil de captar en sí mismo. Ese factor tiene su más vigorosa expresión en la prosa de *Common Sense*.

El tono dominante de *Common Sense* es la ira. La obra fue escrita por un hombre irritado, no por alguien que tuviera simplemente dudas fundadas sobre la constitución inglesa y el consiguiente sistema norteamericano sino por alguien que odiaba a la una y al otro y que deseaba atacarlos con todo el poder de su cólera. Se trata de una obra al rojo vivo que abrasó la conciencia de sus coetáneos porque se inspiraba en la ardiente convicción no sólo de que Inglaterra estaba corrompida y de que Norteamérica debía declararse independiente sino además de que el gobierno y la sociedad organizada eran en su totalidad crueles y estúpidos y que únicamente sobrevivían porque las atrocidades que sistemáticamente cometían contra la humanidad habían quedado encubiertas bajo una masa de mitos y de supersticiones que enturbiaban el entendimiento e impedían a la gente rebelarse contra su situación de oprimidos.

El objetivo de casi todos los demás libros y opúsculos de la Revolución era esclarecer cuestiones arduas, urgentes y controvertidas y formular las recomendaciones adecuadas. En cambio, el de *Common Sense* era dividir al mundo — el mundo tal como se conocía entonces. El libro de Paine no tiene nada de la lógica estricta y del tono racional de los mejores opúsculos norteamericanos. Su autor no se proponía explorar facetas desconocidas de un futuro modo de vida, o convencer, o explicar, sino derrotar y destruir.

En este sentido *Common Sense* puede compararse no con los escritos de otros publicistas norteamericanos sino con los del inglés Jonathan Swift. También éste fue, en efecto, un mortífero manejador de las palabras en un momento en que tal ejercicio era importante para la política. Pero el arma principal de Swift era un florete afilado como una navaja de afeitar y tan fino que penetraba en la víctima sin que ésta se diera cuenta. La prosa de Paine carece de la sutileza maravillosamente irónica de la de Swift, como carece del saber y de la

lógica de la de los publicistas norteamericanos. Su lenguaje es violento, restallante, colérico y lleno de indignación.

En forma amortiguada, algo de esta misma cólera e indignación late bajo la superficie de la Revolución Norteamericana. Y si no su esencia, sí es por lo menos un importante factor de ella. Esa dimensión se observa, por ejemplo, en el intenso odio de John Adams por la «clase política» de Boston. Se la encuentra asimismo en las denuncias contra la corrupción británica que con tanta frecuencia proferían los predicadores de Nueva Inglaterra, y en el resentimiento de muchos norteamericanos acomodados ante la arrogancia brutal y el irracional autoritarismo de los funcionarios de la Corona, nombrados según un sistema arbitrario muy alejado de América y de las realidades de la sociedad norteamericana.

Common Sense expresaba todo esto en forma magnífica. El libro atizó el resentimiento que alimentaba la oposición norteamericana a Inglaterra desde hacía años y avivó la falta de confianza en toda Europa que sentían vagamente los norteamericanos y sus aspiraciones a un mundo nuevo, más libre y más abierto, independiente de Inglaterra.

Common Sense no puso en marcha el movimiento en pro de la declaración formal de independencia ni suscitó la decisión de los dirigentes revolucionarios de construir un mundo mejor y más abierto a las aspiraciones humanas. Pero estimuló uno y otra y puso de manifiesto con una precisión inhabitual la ira — hija del resentimiento, la decepción, los agravios y el temor — que es el motor de toda verdadera revolución.

Bernard Bailyn

EL CIUDADANO PAINE

De
la Revolución
Norteamericana
a la
Revolución
Francesa

por Jacques Janssens

JACQUES JANSSENS, historiador belga, está especializado en los siglos XVIII y XIX. Entre sus obras cabe señalar *Historia de Estados Unidos* (Editorial Betis, Barcelona, 1961), así como una importante biografía sobre Camille Desmoulins, le premier républicain de France (París, 1973).

LEGABA a su fin el primer año de la Guerra de Independencia y, sin embargo, aún reinaba la confusión en las filas norteamericanas. Pese a los esfuerzos de los jefes patriotas para que la ruptura total con Inglaterra se consumase, la mayoría del Congreso Continental dudaba todavía en proclamar la independencia de las Colonias Unidas y cortar de una vez los lazos que las unían a la madre patria.

Y fue entonces, en el mes de enero de 1776, cuando apareció en Filadelfia un opúsculo de cuarenta y siete páginas que hizo el efecto de una bomba. (Véase el artículo de la página 20.)

La resonancia que alcanzó *Common Sense* fue prodigiosa. Los cien mil ejemplares, que se vendieron en un abrir y cerrar de ojos, propagaron la llamada a la rebelión en todas las colonias.

Common Sense se atribuyó en un principio a Benjamín Franklin. Cuando finalmente el autor se dio a conocer, los pobladores de las colonias sublevadas descubrieron con sorpresa que aquel adalid de la emancipación norteamericana, aquel adversario de la oligarquía británica, era ni más ni menos que un inglés que había desembarcado en el Nuevo Mundo hacía poco más de un año. Su nombre era Thomas Paine.

Nació nuestro hombre el 29 de junio de 1737 en Thetford, pequeña ciudad del condado de Norfolk, en Inglaterra, hijo de padre cuáquero y madre anglicana.

Su relación con los «Amigos», es decir, con los cuáqueros, le inculcó el horror por la violencia, la opresión y la intolerancia bajo cualquiera de sus formas.

Su familia era pobre y, a la edad de trece años, Thomas hubo de aprender el oficio paterno: corsetero. A los veinticuatro años ingresó en el servicio de aduanas y fue destinado en seguida a la represión del contrabando.

Su energía hizo que sus compañeros se fijaran en él. Cuando éstos decidieron llamar la atención de los poderes públicos para que reparasen en su miserable condición, fue a él a quien encargaron redactar la memoria que contenía sus quejas y reivindicaciones.

Después Thomas Paine marchó a Londres, donde recorrió los antedespachos de parlamentarios y de personajes influyentes con objeto de obtener su apoyo. Paine fue expulsado del cuerpo de aduanas, sin que sepamos si el gobierno tomó tal medida por abandonar su puesto sin permiso, o bien si esto sólo fue el pretexto que les sirvió para desembarazarse de un hombre tan molesto como él.

La destitución de Paine constituyó, a primera vista, un hecho insignificante. Pero, en realidad, este mínimo suceso contribuyó decisiva-



Las peripecias de la guerra de independencia de los Estados Unidos tuvieron un eco tan grande allende los mares que llegaron a inspirar hasta la moda parisiense. Así, este grabado titulado «Peinado Independencia o el Triunfo de la Libertad» constituye un ejemplo típico de los peinados complicadísimos del siglo XVIII que ilustraban sucesos de actualidad. Aquí el navío-sombrero evoca el combate naval del 17 de junio de 1778 en el que intervino la fragata francesa *La Belle Poule*, que navegaba hacia América para participar en la guerra de independencia.

mente a que Inglaterra perdiera sus colonias de América.

Paine se hizo varios amigos en el mundo científico. A través de ellos fue introducido en el círculo de Franklin, que a la sazón vivía en Londres. El gran científico supo reconocer sus talentos y le tomó simpatía. Pensó que un hombre como Paine podía ser útil en América. Por su parte, la idea de emigrar le resultó atractiva al antiguo aduanero, que desde joven soñaba con visitar el Nuevo Mundo.

Paine abandonó Inglaterra en octubre de 1774. Llegado a Filadelfia sobrevivió dando clases, hasta que un librero impresor le confió la dirección

de una revista cuya publicación había iniciado. Gracias a sus esfuerzos, el número de suscriptores del *Pennsylvania Magazine* subió en poco tiempo de seiscientos a mil quinientos. Sus artículos aparecieron allí a menudo.

Paine fue el primero que, en Norteamérica, reclamó la emancipación de los esclavos negros, que pidió justicia para la mujer y que luchó por que se respetara a los animales. Junto a esto, abordó el problema de la creciente tensión entre Inglaterra y las trece colonias, adoptando con toda franqueza el punto de vista norteamericano, aunque conservara la esperanza de una reconciliación.

Cuando, en abril de 1775, la escara-

muza de Lexington hizo estallar la situación, Paine no vaciló en integrarse en las filas de los patriotas que, reclamando « libertad o muerte », levantaron la bandera de la revolución. Paine se proclamaba ciudadano del mundo y adoptó esta divisa : « El mundo es mi país ; mi religión, hacer el bien ».

Republicano por reacción contra el despotismo monárquico, intentó extirpar del corazón de sus compatriotas los últimos vestigios de sentimientos monárquicos y logró sus propósitos, hasta el punto de que, cuando se planteó en los Estados Unidos la cuestión del régimen a adoptar, las ideas republicanas prevalecieron sin apenas dificultades.

Con esta finalidad comenzó a escribir *Common Sense*. Expuso el proyecto de las líneas maestras de una constitución y los presupuestos básicos de un plan de gobierno lúcido y fuerte, práctico y coherente, en el que los legisladores de Pensilvania y Virginia se inspiraron. Tan sólo una de sus ideas no fue acogida : la emancipación de los negros y su inclusión en el « pacto social », tesis en cuyo favor desarrolló argumentos morales, religiosos y económicos.

La aparición del opúsculo le valió

a Paine una inmensa popularidad. El pueblo, familiarmente, le llamaba « Common Sense », y muchos le conocían sólo por este sobrenombre.

La Declaración de Independencia colmó sus deseos. No obstante, no creía haber hecho lo bastante por la Revolución. La situación militar era crítica. Paine suspendió la publicación de su revista y se enroló en el ejército. Se le pudo ver con el fusil al hombro, durante la retirada que siguió a la caída del Fuerte Lee. Cuando Filadelfia cayó y Washington no tuvo otra alternativa que retirarse a Valley Forge con cinco mil hombres agotados y desprovistos de todo, Paine le siguió y compartió las privaciones y sufrimientos del ejército.

En pleno campo, bajo el resplandor de una hoguera de vivac, tras la caída del Fuerte Lee, Paine escribió la primera de sus « Crisis » para levantar la moral de las tropas en retirada. Esperanza, confianza y firmeza fueron sus consignas. El entusiasmo que su vibrante prosa despertó en el corazón de los soldados determinó que el general Washington atacara al adversario en Trenton.

En abril de 1777, cuando el Congreso creó un Comité de Asuntos Extranjeros, Paine fue elegido secre-

tario de este organismo. Sin embargo, esta elección encontró opositores : sus ideas antiesclavistas habían despertado, en efecto, una secreta hostilidad hacia él entre algunos representantes sudistas. Su condición de escritor fue la que determinó su designación. Ocupó este puesto, que ejerció con escrupulosidad y competencia, durante dos años.

En 1781, el Congreso, urgido por la necesidad de dinero, le confió la redacción de una solicitud de ayuda financiera dirigida al gobierno francés. Paine, que estaba a punto de fundar un diario, sacrificó sus proyectos para acompañar a Francia al coronel Laurens. Fue huésped de Franklin en París y, gracias a su intervención, la operación fue coronada de éxito. La ayuda francesa permitió al general Washington proseguir la campaña que conduciría a la capitulación al general Cornwallis en Yorktown y al final de la guerra de independencia entre los Estados Unidos de América e Inglaterra. Sin embargo, el mérito le corresponde por entero a Laurens.

Tanto en esta como en otras circunstancias, Paine hizo siempre gala del más absoluto desinterés. Renunció a todos los derechos sobre sus

SIGUE EN LA PAG. 46

EL ADIOS DE WASHINGTON A LA FAYETTE

Jorge Washington ha pasado a la historia de los Estados Unidos como el « padre de la patria ». El fue el jefe supremo del ejército que conquistó la independencia, el presidente de la Convención que redactó la Constitución norteamericana y el primer Presidente de los Estados Unidos. El retrato de abajo nos lo presenta en su juventud. Abajo a la derecha, Washington (en la terraza de su casa de Mount Vernon, Virginia) se despide en 1784 de su amigo de toda la vida, el general y político francés La Fayette, quien combatió por la independencia norteamericana. A la derecha, la famosa Campana de la Libertad que en julio de 1776 anunció en Filadelfia la aprobación de la Declaración de Independencia.



Foto © Parrimage, Paris



Foto USIS, Paris



Foto USIS, Paris



LA ESTATUA QUE VIÑO DE EUROPA

La estatua de "La Libertad iluminando al mundo" fue un presente ofrecido a los norteamericanos por el pueblo francés con motivo del primer centenario de la independencia de Estados Unidos. La foto de esta página nos la muestra durante su montaje en la isla de Bedloe, hoy llamada Liberty Island, en la rada de Nueva York, en el verano de 1886. En la tableta que la estatua sostiene en la mano izquierda hay grabada una fecha : 4 de julio de 1776, la de la independencia norteamericana.

Foto USIS, París

SIGUE A LA VUELTA

La Estatua de la Libertad, con sus 46 metros desde las sandalias hasta la punta de la antorcha, es una de las más imponentes del mundo. Erigida sobre un pedestal de 47 metros de alto, contempla desde una altura de 93 metros el panorama de Nueva York hasta más de 25 km a la redonda. Desde la base del cuello hasta la diadema, su cabeza (de 15 metros de diámetro) mide 8,5 metros de altura. La estatua, hecha a base de cobre batido sobre una armadura metálica, pesa más de 200 toneladas.

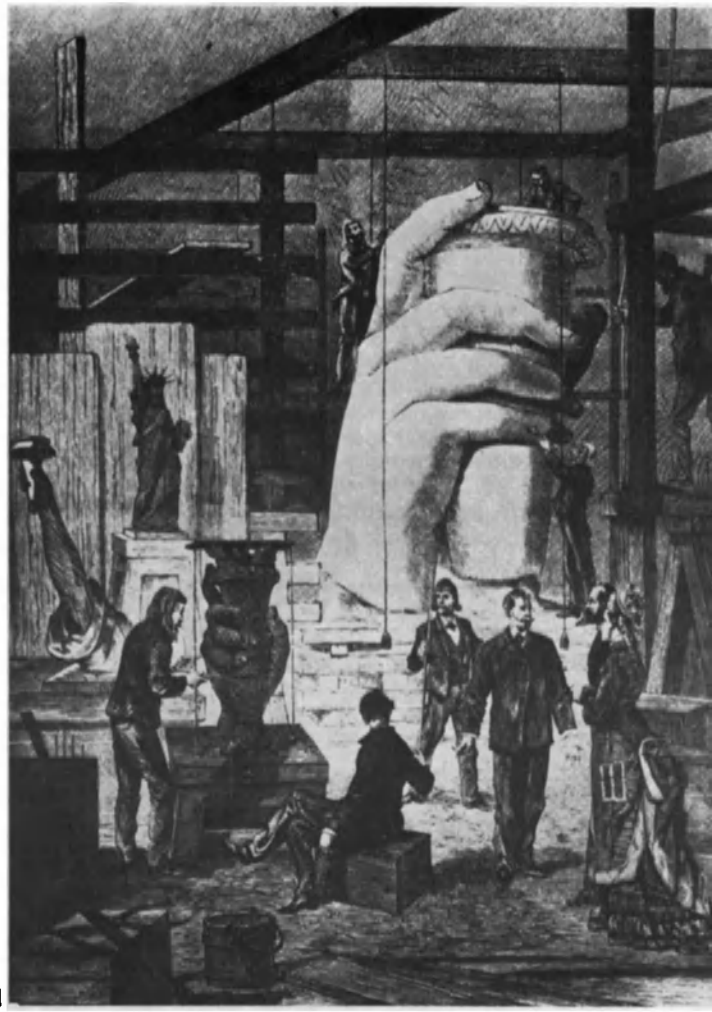
La antorcha de la Libertad se compone de 600 placas de cristal. La antorcha contiene 19 lámparas de una potencia total de 13.000 vatios. En la plataforma interior de observación construida bajo los siete círculos de la diadema caben 30 personas, que pueden contemplar el grandioso panorama a través de 25 ventanas.

Dos escaleras interiores en espirales paralelas de 168 escalones cada una permiten escalar la estatua desde los pies hasta la cabeza. Una escalera sirve para subir, la otra para bajar.

Una « Torre Eiffel » vestida por Bartholdi. El « esqueleto » o armazón de la estatua esculpida por Bartholdi es obra del ingeniero francés Gustave Eiffel, autor de otra obra monumental, la Torre Eiffel de París, erigida en 1889. La armazón de hierro está apuntalada con columnas de acero. Así, gracias a la colaboración entre el escultor y el ingeniero, la estatua puede resistir a los vientos del Atlántico.

En el pedestal. Los visitantes suben desde la base del pedestal hasta el pie de la estatua en un ascensor. Para la construcción del zócalo se organizó una colecta en los Estados Unidos.

Foto © World Book Encyclopedia, E.U.A.



1

LA ESTATUA QUE VIÑO DE EUROPA (continuación)

La Estatua de la Libertad tuvo un periodo de gestación de 20 años. En 1865 el historiador francés Edouard de Laboulaye lanzó la idea de un monumento conmemorativo del centenario de la independencia norteamericana que sería « erigido por Francia y los Estados Unidos en recuerdo de su antigua amistad ». El proyecto entusiasmó al joven escultor francés Frédéric Bartholdi (1834-1904), famoso ya por entonces, quien propuso realizar una inmensa estatua de metal que pudiera ser transportada por partes a los Estados Unidos. Mientras un comité especial, la Unión Francoamericana, reunía los fondos indispensables para este regalo de Francia, Bartholdi modelaba trozo a trozo su escultura : la mano (1) de unos 5 metros de alto, la cabeza (2) para cuya construcción hubo que erigir grandes andamios. Poco a poco, ante el asom-

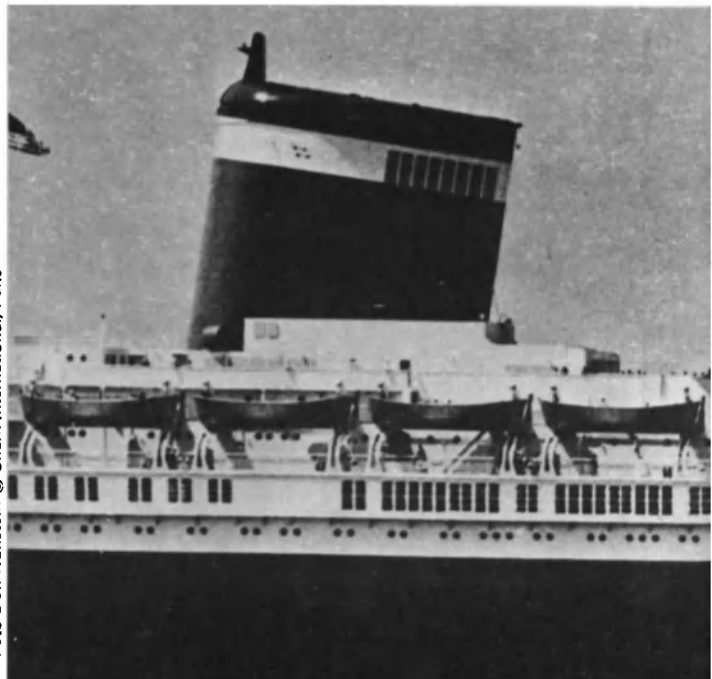
Foto USIS, París



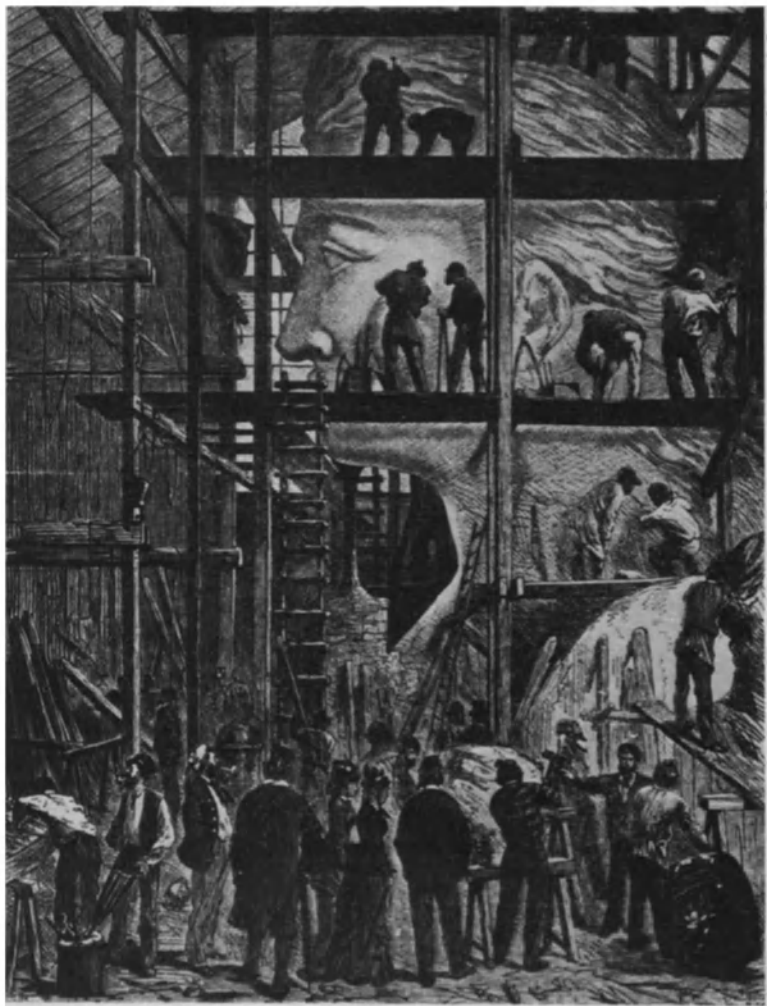
3

32

Foto Don Hunstein © Snark International, París



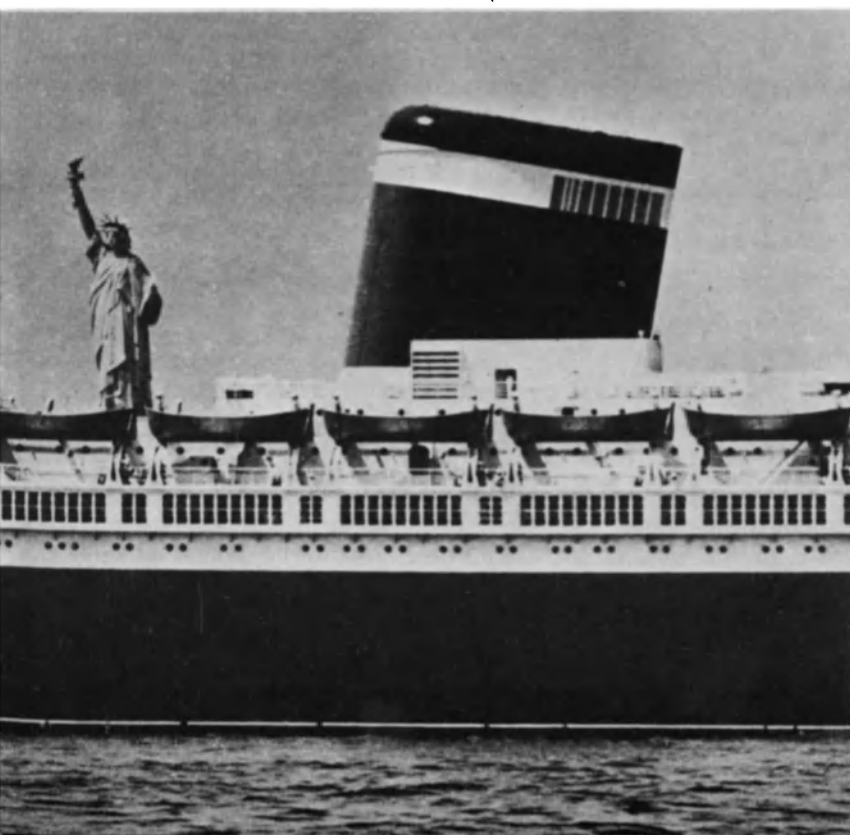
4



Fotos © Biblioteca Nacional, París

2

bro de los parisienses, la estatua iba sobrepasando la altura del taller del escultor (3). En abril de 1876, Bartholdi había ya concluido el modelado, pero continuó trabajando en su «hija», como solía llamarla, la cual sólo quedó terminada en 1884. Desmontada en numerosas piezas embaladas en 210 enormes cajas, la Estatua de la Libertad fue transportada en un barco francés hasta las costas de los Estados Unidos, para ser llevada luego a Nueva York donde se inauguró el 28 de octubre de 1886. Un año antes los norteamericanos residentes en París habían ofrecido a Francia, en prueba de gratitud, una réplica reducida (9 metros de alto) de «La Libertad iluminando al mundo», que desde entonces se alza en el Sena, en la isla de los Cisnes (5), cerca de la Torre Eiffel, mientras que en la rada de Nueva York la estatua original da la bienvenida a los navíos que entran en el puerto (4).



5

Foto Michel Claude — Unesco

UNA RICA HERENCIA DE PUEBLOS Y CULTURAS DIVERSOS

por **Yen Lu Wong**
y
Herbert Chivambo Shore

EN su *Balada para los norteamericanos*, la gran voz de Paul Robeson canta un himno a una nación de inmigrantes.

*¿Soy norteamericano?
Soy simplemente irlandés, negro, judío, italiano, inglés y francés, español, ruso, chino, polaco, escocés, húngaro, lituano, sueco, finlandés, canadiense, griego y turco y checo y norteamericano cien por cien...*

Hoy, al cumplir doscientos años de existencia, y más de un siglo después de implantarse el mito de la asimilación, los Estados Unidos de América siguen siendo una tierra de muchos pueblos, un vasto campo de interacción de muy diversas y dinámicas culturas.

Entre las gentes de origen hispánico del sudoeste se baila la danza de los Matachines y la del Ciervo y se cuentan historias de cuando Montezuma vivía en la cercana Picuris. Más allá de Grant Avenue, en San Francisco, o de Mott Street, en Nueva York, los letrados pueden estar escritos en chino. Cuando uno se presenta a un examen de conducir en California del Sur, le entregan los formularios en tres idiomas. Las telefonistas saben hablar en español o en chino, lo mismo que en inglés, según la región del país desde donde se llame.

YEN LU WONG, norteamericana, es una autoridad en materia de teatro y danza chinos y chino-norteamericanos así como en cuestiones relativas a la identidad cultural. Es bailarina y coreógrafa y pertenece a la Universidad de California, en San Diego.

HERBERT CHIVAMBO SHORE, escritor, dramaturgo y director de teatro norteamericano, especialista en cuestiones culturales y artes del espectáculo, es consultor artístico del « Festival of American Folklife » que organiza la Smithsonian Institution. Es director del proyecto de la Unesco sobre la innovación cultural y anteriormente fue profesor del Departamento de Artes Teatrales de la Universidad de Dar es-Salam (Tanzania). Ha dedicado preferentemente su atención al teatro y la literatura de África y a las culturas del Tercer Mundo en los Estados Unidos.

El recuerdo visual y sonoro de África pervive en las iglesias o en las calles de Harlem o en las islas de Georgia. Nueva Orleans es una ciudad híbrida, una mezcla de las culturas española, francesa y africana. Hay un Boston irlandés, una Chicago polaca, un Cincinnati alemán, un Pittsburgh eslavo, un Gloucester portugués y una Minneapolis escandinava. Hay barrios chinos y pequeños Tokios e Italias en numerosas ciudades, y centros de vida indígena como Taos, Four Corners y Wounded Knee.

Los toponímicos de ríos y lagos, pueblos, ciudades y calles dan fe del pluralismo de la cultura norteamericana. Misisipí, Misuri, Rappahannock y Monangahela proclaman la herencia indígena; California, Santa Fe, Chimayo y San Francisco nos hablan de un pasado y un presente españoles, mexicanos y chicanos. Hay once Atenas, ocho Moscús, ocho Francforts, diez Ginebras y siete Waterloos, así como una Holanda en Michigan, Nebraska y Minnesota, un Londres y una Odesa en Texas, y un Estocolmo en Dakota del Sur.

Un observador del siglo XIX escribía lo que sigue: « En una parada de diligencias de Buffalo (Estado de Nueva York), he leído una vez: 'Desde aquí salen diligencias para China, Sardinia, Holland, Hamburg, Java, Sweden, Cuba, Havre, Italy y Penn-Yan', puntos de destino situados todos ellos en el territorio de los Estados Unidos. »

También la cocina presenta una acusada diversidad étnica. Ha adoptado y adaptado una amplia gama de platos internacionales ensamblándolos en una rica variedad culinaria. En los mercados de todo el país se venden *soul food*, *knishes* y *gefille fish*, *bean curd*, *won ton*, *ramen*, *Irish stew*, *scrapple*, *sauerkraut*, *pilau* y *cous-cous*, y otros muchos alimentos congelados, frescos o en lata, originarios de países de Europa, África, Asia y el Oriente Medio. Hay platos de nombre extranjero pero de origen estadounidense, como el *chop suey* y el chile con carne, y especialidades

del Viejo Mundo, como la *pizza*, que, en un ambiente norteamericano, se han convertido en platos complejos y succulentos. Un recorrido por los restaurantes de las diversas regiones del país constituye literalmente una gira culinaria por todo el mundo.

La aparición de determinados oficios, e incluso de industrias enteras, va asociada a menudo a determinadas culturas. Los pueblos negros, esclavos y libres, dejaron su impronta en la agricultura, los tejidos, el hierro y la madera, los instrumentos de música y otros muchos oficios y artes. La aportación de los indios norteamericanos a las técnicas agrícolas y al abono de los cultivos es bien conocida. Los chinos construyeron los ferrocarriles y las minas del Oeste norteamericano con esforzado trabajo y notable ingenio; fueron también industriales e innovadores empleados de restaurantes y farmacias.

Los irlandeses se identifican claramente con las redes de ferrocarriles y canales del Este, los judíos con el ramo de la confección y los eslavos y otros centroeuropeos con el hierro y el acero. Los italianos fundaron la viticultura californiana y excavaron el metro de Nueva York.

El folklore laboral es muy rico en historias y cantos de los mineros galeses, los pescadores portugueses, los carniceros polacos, los agricultores chicanos y navajos y, como se dice en la *Balada para los norteamericanos*, « ... otros muchos más ».

El *Festival of American Folklife*, que se organiza todos los veranos en Washington, es un testimonio vivo de una nación de inmigrantes que trajeron consigo sus artes y oficios, su música y sus bailes, su teatro, sus historias y baladas, su idioma, sus costumbres culinarias y su modo de ser.

Pero el pluralismo cultural de los Estados Unidos supone algo más que la interacción de un gran número de culturas en el crisol de la vida norteamericana. Las culturas se han mezclado y, sin embargo, siguen siendo



Doscientos años después de su nacimiento como país independiente, los Estados Unidos « siguen siendo una tierra de muchos pueblos, un vasto campo de interacción de muy diversas y dinámicas culturas... Hay un Boston irlandés, un Pittsburgh eslavo, un Gloucester portugués y una Minneapolis escandinava. Hay barrios chinos y pequeños Tokios e Italías en numerosas ciudades y centros de vida indígena en diversos Estados. » Se advierte además una creciente mezcla de razas y culturas. En la foto, una familia mulata del Estado de Carolina del Norte.

distintas. Algunas de ellas han creado populosos centros en las ciudades, otras se han dispersado en una diáspora nacional. Las hay que se han visto obligadas a vivir en un ghetto por obra y gracia de los prejuicios y del rigor del sistema económico. Otras habitan en enclaves pequeños y relativamente aislados con su dignidad, su orgullo y un modo de vida peculiar. La lucha por la identidad cultural ha constituido una tarea prolongada, importante y difícil de la historia nacional.

Al proclamarse la independencia en 1776, Norteamérica era ya una tierra de muchos pueblos, visitada, explorada y ocasionalmente poblada por españoles, franceses, italianos, africanos, portugueses, griegos, escandinavos, alemanes y judíos. Los primeros inmigrantes, es decir los que hoy tienen verdaderamente derecho a calificarse a sí mismos de norteamericanos de origen, llegaron de Siberia 22.000 años antes de Cristo, cuando el estrecho de Bering era tierra firme. Ascendían a un millón al llegar Colón, que los llamó « indios » por error. Vivían según distintos tipos de organización económica y social, se aliaban formando complejas confederaciones, hablaban muy diversas lenguas y tenían culturas muy diferentes.

En *Common Sense*, Tom Paine reconocía que gente de múltiples nacionalidades habían contribuido a crear y a formar las trece colonias : « La madre patria de Norteamérica no es Inglaterra sino Europa. » Pero ni siquiera él se dio cuenta de que, en vísperas de la Revolución, la cuarta parte, más o menos, de los habitantes del país no eran ni británicos ni europeos y de que desempeñaron un importante papel en la Guerra de la Independencia. Un millón aproximadamente eran indios y otros 400.000 eran negros de Angola y de otras partes de Africa occidental y oriental.

Pero esto no fue sino el comienzo. El aflujo de gentes de distintos pueblos y culturas a los Estados Unidos de 1850 a 1920 representa probablemente la mayor migración ininterrumpida de la historia. El nuevo país se enfrentó con el problema de crear una nación unificada y una cultura coherente a partir de una población políglota. Hoy justamente son muchas las nuevas naciones que han de hacer frente a un problema similar.

Quienes tenían el poder y el mando tenían el pluralismo del pueblo estadounidense, y de su reacción de defensa surgió el mito del *melting pot*, del crisol que quisieron imponer al país, desplegando para ello grandes

esfuerzos en casi todos los aspectos de la vida social, recurriendo a la propaganda, la coacción y los prejuicios. Los centros de enseñanza, los organismos públicos, los empresarios, la industria y los grandes medios de información unieron sus fuerzas para respaldar e inculcar la idea de la asimilación. Había que marginar las antiguas costumbres, lenguas y modos de vida y cambiarlos por una nueva « cultura norteamericana ».

Hacia 1925, un espectáculo teatral organizado para su personal por la Ford Motor Company resumía todo esto de una manera muy plástica. Unos actores, vestidos de italianos, polacos y otras categorías de inmigrantes, cantaban sus canciones « extranjeras » y bailaban sus danzas « extranjeras » mientras entraban en una gigantesca caldera, de la que salían vestidos con « trajes norteamericanos », cantando el himno nacional. La intención era evidente.

En realidad, la nueva « cultura norteamericana pura » que se enseñaba constituía un conglomerado de los valores, costumbres, hábitos y modales de los inmigrantes anglosajones. La idea de que la cultura anglosajona era en cierto modo superior cobró forma a principios del siglo XIX ; luego se fue gradualmente am-

▶ pliendo para incluir a los alemanes y a los escandinavos, esto es, los europeos septentrionales.

La aportación de otros grupos étnicos era ignorada, se reducía al mínimo o se anglicaba. El explorador Giovanni Caboto se convirtió en John Cabot, y la música de jazz de los negros norteamericanos recibió el calificativo de «Dixieland», para destacar la base regional de sus orígenes y para quitar valor a las raíces culturales africanas de sus creadores.

Se estableció así una jerarquía de las culturas y la gente fue clasificada en dos categorías: asimilable y no asimilable. Con ello se fomentó y reforzó el racismo y se intensificaron los prejuicios étnicos.

La asimilación cultural, especialmente en las escuelas, tuvo efectos desastrosos para la vida familiar y produjo graves conflictos entre las generaciones. A los niños se les enseñaba a avergonzarse de la lengua, las costumbres y los modales de sus padres, haciéndoles así apartarse de su herencia cultural. Esto es lo que dio en llamarse el «fenómeno de la segunda generación». El propio Presidente Theodor Roosevelt proclamaba en 1915: «No hay sitio en este país para un americanismo híbrido.»

AL fundar Hull House, centro popular de Chicago, la gran reformadora social Jane Addams creó como parte del mismo el primer museo étnico o de la inmigración, para ayudar a los niños a cobrar conciencia y a enorgullecerse de su patrimonio cultural. Según ella, en las escuelas del país maestros ignorantes estaban empobreciendo y falsificando la vida estadounidense al repudiar la cultura de los inmigrantes, en vez de aprovechar esa diversidad para ofrecer a los niños una visión más abierta y generosa del mundo.

En su libro *The Stranger in America*, un intelectual alemán inmigrado, Francis Lieber, propugnaba el mantenimiento de la personalidad cultural y el empleo de las lenguas extranjeras en las escuelas. Al mismo tiempo se oponía a los planes de asentamiento separatistas o aisladores, afirmando que dividían el país en átomos culturales y que los colonos que se agrupaban entre sí padecían de «estancamiento mental».

Se crearon bancos de inmigrantes, sociedades de ayuda mutua, asociaciones nacionales, cooperativas de venta, iglesias y sinagogas, periódicos y estaciones de radio que empleaban lenguas extranjeras. Todo ello contribuyó a fomentar el sentimiento de la identidad cultural.

Surgieron otras instituciones, algunas de ellas con carácter oficial, otras no, como por ejemplo el *tong* de los chinos, el sistema italiano del *padrone* o la *Sheltering and Inmigrant*

Society de los hebreos, para ayudar a los inmigrantes a hacer el viaje y a encontrar un sitio donde vivir y un trabajo, y proporcionarles apoyo moral.

Desgarrados a menudo entre dos mundos, los miembros de los grupos culturales y étnicos sentían vagamente un desconcierto, un tumulto interior que sólo ahora están empezando a percibir y a entender muchos de ellos. En *Half an American*, escrito en 1919, Stoyan Cristowe exponía como sigue este talante del norteamericano miembro de un grupo étnico: «No soy plenamente estadounidense, pero tampoco soy lo que era cuando desembarqué aquí por primera vez, esto es, búlgaro. Aunque conservo ciertas características heredadas — las suficientes para impedirme una posible asimilación total — me diferencio ya tanto, por dentro y por fuera, de los búlgaros que en mi reciente visita a su país me sentí como un extranjero, y como tal me consideraron.»

Más recientemente, uno de los autores del artículo que está leyendo el lector, Yen Lu Wong, visitó la República Popular de China. En los Estados Unidos pasa por china. En cambio, en China, pese a sus orígenes culturales y raciales, y por muy grandes que fueran las muestras de afinidad y de amistad de que fue objeto, la identificaron claramente como norteamericana. Los negros estadounidenses que visitan África viven la misma experiencia: descubren sus raíces en ese continente, pero también sus diferencias, y la medida de estas diferencias es lo que les define como norteamericanos.

Las culturas étnicas de Norteamérica se relacionan con sus países de origen pero se distinguen de ellos. Dos secciones del *Festival of American Folklife*, de la Smithsonian Institution, — «Formas antiguas en el Nuevo Mundo» y «La diáspora africana» — ponen esto claramente de relieve; en ellas se invita a actuar juntos a grupos de culturas homólogas de los Estados Unidos y de otros países. Existe un vínculo enriquecedor con tierras extranjeras, pero la diferencia estriba en el hecho de compartir una experiencia norteamericana. Esta mancomunidad, y no la asimilación coactiva, constituye la base del sentido de unidad creadora, o de la interacción transcultural. Se trata de una unidad en la diversidad, de una nueva y apasionante faceta del lema norteamericano *E pluribus unum*.

Durante el decenio de los 60, empezaron a formularse afirmaciones militantes de la identidad cultural y étnica; el país descubrió que no era un crisol y que no lo había sido nunca. Este nuevo afán de identidad, encabezado por los negros, los chicanos y los indios norteamericanos, se propagó rápidamente a otros grupos, de origen asiático y europeo.

Se pensó entonces que para ser norteamericano y para expresar la

personalidad de cada individuo no era preciso renunciar a las características del propio patrimonio cultural, sino que, antes por el contrario, se requería una auténtica expresión de la cultura propia, con arreglo al momento, el lugar y las circunstancias. Todo individuo es así un microcosmo producto de la interacción de la cultura, la clase social, la nación y el tiempo. Para alcanzar lo universal hay que adentrarse en lo particular hasta sus mismas entrañas y expresarlo plenamente.

Los jóvenes estadounidenses están empezando a descubrir que pueden enriquecer su vida a partir de valiosas peculiaridades culturales de su propio grupo y de otros grupos étnicos. El pluralismo y la personalidad culturales no son aspectos restrictivos sino puntos de partida creadores siempre que rechacen la asimilación por un lado, y el estrecho y patriótico etnocentrismo, por otro.

Como ha dicho S. Dillon Ripley, Director de la Smithsonian Institution, «la humanidad tiene hoy miedo a perder su identidad. Nos asusta la unión de megaestados y de megacompañías que, en aras de la eficacia, nos sometan a todos nosotros — en nuestros pensamientos y en nuestras acciones — a un nuevo sistema de vida en el que se hayan suprimido todas las diferencias.»

LA historia parece demostrar, sin embargo, que, individual y colectivamente, la gente se opone a la nivelación. A la larga, una asimilación forzosa, con todas sus contradicciones intrínsecas de poder y de clase social, produce una reacción militante en favor de la identidad cultural y étnica. Una solución más fecunda parece consistir en el pluralismo transcultural, basado en la interacción dinámica y constructiva entre grupos culturales claramente diferenciados.

La identidad cultural es en el mundo de hoy una gran fuerza cuya virtualidad intensifican la rápida evolución tecnológica, la urbanización y el progreso de los medios modernos de información, como ponen de manifiesto diversos proyectos y programas de la Unesco relativos a los estudios transculturales, la innovación cultural y el desarrollo de la cultura. Millones de personas están empezando a comprender que el patrimonio de su cultura, adaptado al mundo moderno, constituye un venero de valores humanos que permite forjar unas relaciones humanas más ricas en esta era tecnológica.

El pluralismo cultural ha cobrado nuevas posibilidades en los Estados Unidos. La percepción de la personalidad cultural propia puede ayudarnos a discernir y a interpretar lo que nos diferencia de los demás. Puede producir una cohesión en la interacción mucho más unificadora que cual-

quier unidad impuesta a la fuerza. Puede suponer unos horizontes más anchos, una nueva sensibilidad, unas nuevas posibilidades de conocimiento de uno mismo y de quienes tienen distintas raíces y orígenes.

En efecto, los mitos de la asimilación y de la jerarquía de las culturas empañan y embotan la sensibilidad de una nación para con las corrientes intelectuales y culturales del mundo. Una revolución de la lucidez cultural podría tener importantes consecuencias para la política social del país y, a la vez, para sus relaciones internacionales.

Al iniciar el tercer siglo de su historia, los Estados Unidos de América podrían franquear una nueva frontera y llegar a conocerse mejor a sí mismos, creando un conjunto social en el cual el pluralismo fuera fuente inagotable de futuro, punto de partida y motivo de orgullo.

Yen Lu Wong
Herbert Chivambo Shore

Fotos Paul Conklin © Parimage, Paris



Los indios redescubren su identidad

En los Estados Unidos existen cerca de 800.000 indios, más de la mitad de los cuales han decidido libremente vivir en las reservas. Actualmente estos indios norteamericanos están redescubriendo su pasado y su cultura al mismo tiempo que se adaptan a la vida moderna. Arriba, el centro de enseñanza superior, ya casi terminado, de la reserva de los indios navajos que, con una superficie de unos 65.000 kilómetros cuadrados, abarca parte de Arizona, Nuevo México y Utah. En la foto del centro, niños navajos en la escuela de la comunidad, a cuyas clases asisten también las mujeres. Abajo, indios iroqueses de la región oriental de Estados Unidos hacen una demostración de un antiguo juego indígena, el « lacrosse » — hoy muy popular en Canadá y Estados Unidos — durante el Festival of American Folklife que organiza anualmente en Washington la Smithsonian Institution.

Foto © Smithsonian Institution, Washington



LA AYUDA PRIVADA AL ARTE NORTEAMERICANO



1 Foto © Ollie Pfeiffer, Washington (Topic Magazine)



Foto © Gamma, París

3



Foto © Michael Lawton, Washington (Topic Magazine)

2

Joseph H. Hishhorn, un acaudalado hombre de negocios norteamericano que había llegado a los Estados Unidos en 1905, cuando era niño aun, como emigrante de Letonia, ofreció en 1966 al pueblo norteamericano una colección de importantes obras de pintura y escultura que había ido formando durante 40 años. En reconocimiento por esta donación el Congreso de los Estados Unidos fundó el Museo y Jardín de Escultura Hirshhorn, que vino a sumarse a los 2.500 museos y galerías de arte de los Estados Unidos, visitados anualmente por más de 100 millones de personas. Inaugurado el 4 de octubre de 1974, entró a formar parte de la Smithsonian Institution que agrupa gran número de museos y de organizaciones especializadas en investigaciones artísticas, científicas e históricas.

El Museo Hirshhorn cuenta con una exposición permanente de 4.000 pinturas y 2.000 esculturas que reflejan las principales tendencias del arte norteamericano y europeo desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días. Las fotografías de estas páginas muestran :

(1) El edificio del Museo, admirable ejemplo de la "escultura" monumental moderna. La construcción, de 25 metros de alto y de forma cilíndrica, se apoya sobre 4 sólidas columnas.

(2) El amplio patio, de 35 metros de diámetro, en cuyo interior y en torno al cual se exponen algunas esculturas.

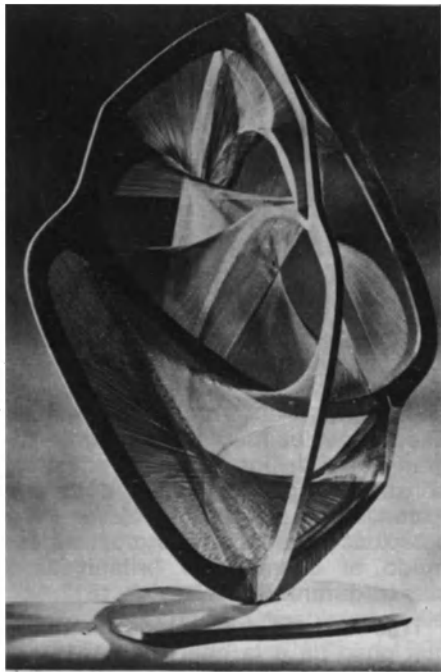
(3) En el interior del Museo, los visitantes pueden admirar una gran exposición titulada "La puerta dorada : artistas-inmigrantes de Estados Unidos, 1876-1976", formada por obras de 67 pintores, escultores, arquitectos y fotógrafos en las que se pone de manifiesto la contribución de los inmigrantes al arte norteamericano.

En los Estados Unidos las fundaciones privadas desempeñan un papel de importancia capital en el fomento de las artes y de la investigación. Existen actualmente en el país 26.000 fundaciones, 2.500 de las cuales disponen de un capital mínimo de un millón de dólares o hacen donaciones anuales por un total de 500.000 dólares o más cada una. Tres de las más importantes, la Ford Foundation, la Rockefeller Foundation y la Duke Endowment, distribuyen anualmente más de 250 millones de dólares cada una, los dos tercios de ellos destinados a programas educativos y culturales. Un ejemplo notable de contribución al desarrollo del arte fue el donativo de 20 millones de dólares hecho por el A. W. Mellon Educational and Charitable Trust para la construcción y el mantenimiento de la National Gallery of Art de Washington.



▲ **FREDERICK KIESLER.** *El gong* (1963-1964)
Nació en Czernowitz, Austria-Hungría, en 1890. Emigró en 1930.

▲ **MARK ROTHKO.** *Azul, anaranjado, rojo* (1961)
Nació en Dvinsk, Rusia, en 1903. Emigró en 1913.



▲ **NAUM GABO.** *Construcción lineal no. 4* (1959-1961)
Nació en Briansk, Rusia, en 1890. Emigró en 1946.

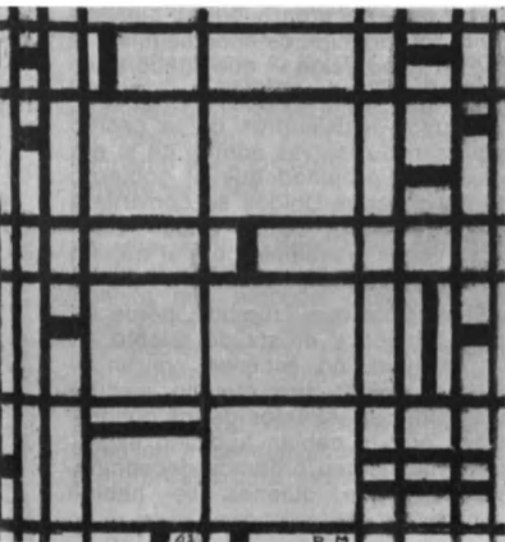


▲ **WALTER GROPIUS.** Proyecto para el concurso del Chicago Tribune Building (1922)
Nació en Berlín en 1883. Emigró en 1937.

▼ **GASTON LACHAISE.** *Mujer de pie (Mujer heroica)* (1932)
Nació en París en 1882. Emigró en 1906.



Foto © Gamma, París



◀ **PIET MONDRIAN.** Estudio para *Broadway Boogie Woogie* (1942)
Nació en Utrecht, Países Bajos, en 1872. Emigró a Estados Unidos en 1940.

Foto © Arnold Newman, Hirshhorn Museum and Sculpture Garden, Smithsonian Institution, Washington

COMO EL ESTADO SE CONVIRTIO EN MECENAS

por Nancy Hanks

CUANDO hace 200 años trece colonias (que iban a formar parte de los Estados Unidos) decidieron independizarse de la distante corona británica, los Padres Fundadores concibieron grandes proyectos para garantizar «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Algunos de sus objetivos —el establecimiento de un gobierno representativo, por ejemplo— fueron alcanzados casi inmediatamente, pero hubo que demorar la realización de otros, como el fomento de las artes, que quedó aplazado durante 190 años.

Muchos de los Padres Fundadores apreciaban en grado sumo las artes y consideraban que el gobierno debía fomentarlas activamente. Siempre he creído que cuando Tomás Jefferson hablaba de la «búsqueda de la felicidad» pensaba, entre otras cosas, en la oportunidad del ser humano para emprender actividades culturales. Pero durante la infancia de los Estados Unidos había que resolver problemas prácticos más apremiantes.

Benjamín Franklin, diplomático hábil y científico eminentemente pragmático, lo expresó de manera sumamente sencilla: «Todo tiene su tiempo y, ya se trate de países jóvenes o de personas jóvenes, hay que frenar su fantasía para fortalecer su juicio... Para América, un maestro de escuela vale tanto como doce poetas y la invención de una máquina o el perfeccionamiento de una herramienta es más importante que una obra maestra de Rafael.»

En 1789, Jorge Washington reconocía la importancia de las artes y de

la cultura. Así, escribía que los miembros del Congreso debían dedicar «sus mayores esfuerzos a mejorar la educación y los modales del pueblo, acelerar el desarrollo del arte y de la ciencia, auspiciar las obras de genio... fomentar las instituciones favorables a la humanidad». Y en otro lugar instaba a la creación de una universidad nacional que promoviera «un florecimiento de las artes y de las ciencias.»

John Adams, segundo Presidente de los Estados Unidos, escribía en una carta a su esposa Abigail: «Debo estudiar la política y la guerra para que mis hijos sean libres de estudiar matemáticas y filosofía a fin de que sus hijos tengan derecho a estudiar pintura, poesía, música y arquitectura.»

En la práctica, el nuevo gobierno tendió a abandonar el apoyo a las artes, que habían sido fomentadas activamente por los primeros colonizadores europeos. En la primera mitad del siglo XVI, los españoles construyeron escuelas misionales en la región sudoccidental del actual territorio de los Estados Unidos. Siguiendo el modelo de las escuelas catedralicias de la Edad Media, hacían hincapié en la educación musical y enseñaban a sus alumnos no solamente a tocar sino también a fabricar instrumentos musicales e incluso a componer. Por desgracia, esa tradición fue decayendo y son muchos los que consideran que aun hoy día la educación pública no presta a las artes la atención que merecen.

La primera participación concreta del gobierno federal en lo que a las artes se refiere se centró en los planes arquitectónicos para la construcción de Washington, la capital federal. La planificación urbana constituía entonces una tradición respetada. Por ejemplo, las primeras ciudades de Nueva Inglaterra fueron meticulosamente trazadas en torno a amplias zonas verdes comunales,

espacios abiertos que pertenecían a toda la población. La nueva capital, construida prácticamente de la nada en las orillas pantanosas del Potomac, fue concebida como una ciudad monumental con edificios públicos en los que se reflejarían los ideales de la república.

Como no abundaban los artistas locales, hubo que recurrir para trazar el plano de la ciudad a Pierre L'Enfant, ingeniero francés talentoso aunque irascible que se había distinguido en el Ejército Continental. Diseñó el edificio del Capitolio William Thornton, un médico nacido en las islas Vírgenes y educado en Escocia. Thornton y el arquitecto francés Etienne Hallet fueron los autores de gran parte de los primeros edificios, construidos por artesanos europeos y con mano de obra esclava. Pero casi todo lo que edificaron fue destruido al quemar los británicos la ciudad durante la guerra de 1812.

Tras la firma del Tratado de Gante que puso fin a la guerra en 1814, se reconstruyeron el Capitolio y la Casa Blanca y comenzaron los primeros debates sobre la ayuda federal a las artes. Las discusiones iniciales tuvieron por objeto la decoración del Capitolio. Se presentó un proyecto de ley para encargar «cuatro pinturas sobre los principales acontecimientos de la Revolución» que decorarían los muros de la rotonda.

Algunos legisladores de la nación expresaron reservas acerca de si era «justo o apropiado que el gobierno de los Estados Unidos se convirtiera en patrocinador de las artes». Pero otras voces prevalecieron y el trabajo se encargó a John Trumbull.

Es posible que Trumbull, héroe de la revolución y artista de talento en su juventud, no estuviera ya en el apogeo de su arte cuando ejecutó esas pinturas. Algunos de los congresistas que lo habían apoyado expresaron incluso su profunda decepción, mientras que quienes se habían

NANCY HANKS es presidenta de la Fundación Nacional para las Artes y del Consejo Nacional para las Artes de los Estados Unidos. Ha trabajado en la subsecretaría del Departamento de Salud, Educación y Bienestar y, posteriormente, en la Oficina de Proyectos Especiales de la Casa Blanca. De 1970 a 1975 fue miembro de la Comisión Nacional de los Estados Unidos para la Unesco.



En Norteamérica, la ayuda gubernamental ha sido un factor importante para lograr que el arte fuera más accesible al pueblo. Ello es particularmente cierto en lo que atañe al último decenio, a partir de la creación de la Fundación Nacional para las Artes que impulsa y apoya una amplia gama de actividades culturales. Por ejemplo, la Fundación ayuda a los grupos comunales y étnicos a organizar programas culturales; además, ha permitido a 5.000 escuelas organizar seminarios para estudiantes con la asistencia de artistas profesionales. En la foto, un grupo de músicos ensaya en Nueva York.

opuesto a él desde el comienzo condenaron el despilfarro del tesoro público.

En 1832 la erección de una estatua en honor a Jorge Washington dio lugar a acalorados debates. « Todo país sensato ha rendido honores a la memoria de los hombres que han salvado la patria », declaró uno de los partidarios de la colosal escultura de mármol que iba a costar 20.000 dólares. A lo que alguien respondió: « Levantaremos el monumento a Washington en nuestros corazones y no lo confiaremos a la piedra perecedera. » Se aprobó la moción y se encomendó la realización del busto de Washington a Horacio Greenough, eminente escultor norteamericano residente en Italia.

Greenough concibió a su modelo en una actitud neoclásica, presentando al « padre de la patria » vestido con lo que algunos calificaron de toga y otros de toalla de baño. Los que habían votado por la erección del monumento adujeron que la actitud en que se representaba al héroe era intemporal, mientras sus detractores se escandalizaban porque Washington aparecía desnudo de la cin-

tura para arriba. Y la tormenta se desencadenó.

Después de más de cuarenta años, en 1876, todavía alguien afirmaba que la estatua seguía siendo « la obra de arte más imponente y criticada del Capitolio ».

En la decoración del Capitolio se hicieron por todas partes concesiones al gusto local. Se adornaron las columnas con hojas de tabaco y maíz en lugar de los acantos corintios, y el interior del edificio con pinturas al fresco. Estas las realizó el pintor italiano Constantino Burmindi, cuyo estilo recargado y foráneo disgustó a algunos congresistas y a los artistas locales.

En realidad, los pintores norteamericanos carecían de la práctica y de la experiencia necesarias para decorar los edificios públicos en un estilo clásico, dado que la demanda se limitaba a los retratos, la pintura costumbrista y la de caballete.

En 1858 un grupo de artistas protestó y el presidente Buchanan nombró una Comisión para las Artes, pero ésta resultó tan ineficaz que un crítico llegaba diez años más tarde a

la conclusión de que « desde entonces se ha dejado en cierto modo que el arte se ocupe de sí mismo. »

Además, como señala la historiadora Lillian B. Miller, la preocupación por los problemas que condujeron a la Guerra Civil eclipsó por un tiempo toda consideración relativa al patrocinio federal de las artes. Los progresos alcanzados en materia de cultura durante ese periodo se debieron exclusivamente a la iniciativa personal de los artistas y al apoyo de algunos mecenas privados.

En 1877 se presentó un proyecto de ley con miras a crear un consejo nacional para las cuestiones artísticas, pero el Congreso no lo aprobó. En 1891 el presidente Harrison elevó una escuela de música de Nueva York a la categoría de Conservatorio Nacional de Música. El compositor checo Anton Dvorak fue su director artístico durante tres años. Pero no se asignaron fondos públicos a la nueva institución, que terminó por desaparecer (aunque sus estatutos siguen vigentes). En 1910 el presidente Taft nombró una Comisión de Bellas Artes para que asesorara en

▶ dicha materia a la Casa Blanca y al Congreso, pero su acción se limitó a la capital.

No fue sino en el decenio de 1930-1939 cuando el gobierno federal emprendió una labor de alcance nacional en favor del arte, y ello por razones más bien económicas que culturales. El presidente Franklin D. Roosevelt fundó entonces la Works Progress Administration (WPA), uno de los numerosos organismos creados para hacer frente a la Gran Depresión iniciada en 1929.

Los desocupados se contaban por millones. La WPA proporcionó a muchos de ellos trabajo en la construcción de caminos, puentes, escuelas, bibliotecas, hospitales, parques y otras obras públicas. Fue entonces cuando el administrador de la WPA, Harry Hopkins, se acordó de que los artistas también « tenían que comer ». Y así fue como los pintores, escritores, actores y músicos empezaron a trabajar en una serie de novedosos proyectos de carácter público.

LOS críticos de arte reconocen actualmente que el hecho de que Nueva York sea una de las grandes capitales artísticas del mundo se debe a la WPA, que pagaba a los pintores para que pintaran lo que quisieran y que a menudo vendía a los buhoneros sus lienzos por metros cuadrados o al peso. Los artistas realizaron 18.000 esculturas, 108.000 pinturas de caballete, 293.727 grabados, 500.000 fotografías y 2.500 murales. Entre los que atravesaron la Depresión trabajando en el programa de la WPA figuran Jackson Pollock, Willem de Kooning y Mark Rothko, tres gigantes de la pintura moderna.

Una de las empresas más ambiciosas y fructíferas fue el programa federal que, para ayudar a los escritores, publicó una serie de guías históricas de cada uno de los Estados. Los funcionarios federales contrataron tanto a escritores profesionales probados como a aficionados sin mayor talento para que compilaran las historias locales, que luego fueron publicadas por editoriales comerciales. Entre los escritores jóvenes que tuvieron a su cargo tan hercúlea tarea figuran Richard Wright, Conrad Aiken, Saul Bellow, Ralph Ellison, John Cheever, Frank Yerby y Kenneth Rexroth.

A diferencia de lo que había sucedido con la pintura, esas guías no suscitaron controversia alguna, quizás debido a que la obra encomendada a los escritores tenía un sentido más concreto y tradicional.

En cambio, el Teatro Federal fue objeto de numerosos ataques casi desde el momento de su creación.

En primer lugar, ponía en escena obras contemporáneas que herían los sentimientos morales y políticos de algunos congresistas, los cuales hicieron de aquellas fácil blanco de su crítica mordaz. Por otra parte, las compañías teatrales comerciales estimaron que el apoyo federal constituía una subvención desleal a sus competidores.

La verdad, al parecer, era que frente al trasnochado teatro de Broadway el de la WPA resultaba atrevido y ameno : los críticos aplaudían y el público se agolpaba para ver las representaciones, que se daban sin fines lucrativos, de las obras de Shakespeare y de Gilbert y Sullivan, así como los *Living Newspapers* (Diarios vivos) que trataban de problemas de actualidad. Contando con figuras tales como Orson Welles y John Houseman, 150 compañías actuaron ante más de 25 millones de personas en el marco de una labor que muchos esperaban fuera el comienzo de un « teatro nacional » ambulante y de variado repertorio. Pero la controversia suscitada acabó con el proyecto federal.

Las orquestas subvencionadas por la WPA llegaron a un público de 150 millones de personas en todo el país, ya sea en conciertos, ya a través de la radio. El *Index of American Design* permitió catalogar las artes decorativas norteamericanas y dejar constancia de su historia. Cualquiera que fuese su especialidad, los artistas profesionales enseñaron sus conocimientos en nuevos centros comunales.

En total, la WPA empleó a 8,5 millones de personas, a cargo de las cuales vivían otros 30 millones. Y aunque una parte del arte creado con los auspicios de aquel organismo fueron obras carentes de valor, toda una generación de creadores norteamericanos atravesó la Depresión de 1929 sin tener que abandonar su actividad artística.

El presidente Roosevelt decía con razón que « más valen los errores ocasionales de un gobierno llevado por un sentimiento de caridad que las omisiones sistemáticas de un gobierno congelado por el hielo de su propia indiferencia. » Concluida la crisis, se abandonó el programa federal y, con él, el apoyo oficial a los artistas y a las artes. Pero ya se había creado un precedente.

En 1951 el presidente Harry Truman pidió a la antigua Comisión de Bellas Artes que estudiara los medios para que el gobierno pudiese volver a apoyar las artes en toda la nación. El informe fue presentado al presidente Dwight D. Eisenhower, quien en 1958 firmó la ley por la que se creaba el Centro Nacional de Cultura en Washington.

Este organismo recibió posteriormente el nombre de Centro John F. Kennedy para las Artes del Espectáculo, en honor al sucesor de Eisenhower, quien — entre los gobernantes

de la época moderna — prestó una atención sin precedentes a la cultura. Kennedy proyectaba nombrar un consejero que dedicara todo su tiempo a las cuestiones culturales y crear un consejo nacional de las artes, pero tras su asesinato esta tarea recayó en Lyndon B. Johnson.

En pocas palabras, fue el presidente Johnson quien personalmente convenció al Congreso para que aprobara la ley de 1965 por la cual se creaba la Fundación Nacional para las Artes y otro organismo gemelo para las humanidades.

Antes de firmar la ley el presidente Johnson declaró : « En la larga historia de la humanidad han surgido y desaparecido una infinidad de imperios y naciones. Aquellos que no crearon obras de arte duraderas han quedado hoy reducidos a pequeñas notas al pie de las páginas de la historia. El arte es el patrimonio máspreciado de un país, puesto que en nuestras obras de arte se revela a nuestros ojos, y a los de los demás, la visión interior que nos guía como país. Y cuando esa visión interior no existe, el pueblo perece... »

« Para obtener resultados concretos y duraderos, nuestros Estados y nuestros municipios, nuestras escuelas y nuestras grandes fundaciones privadas deben aunar sus esfuerzos con el gobierno. Es en torno a cada comunidad donde nace el arte de un país. En incontables aldeas norteamericanas viven millares de talentos oscuros y desconocidos. Lo que esta ley hace realmente es prestar un apoyo activo a esa gran riqueza nacional para renovar el arte en este gran país que es el nuestro. »

LOS dos organismos se han desarrollado considerablemente en un decenio. En su primer año de existencia, la Fundación Nacional para las Artes tenía un presupuesto de 2,5 millones de dólares. En 1976 es de 82 millones. Pero, aunque el incremento haya sido enorme, sólo representa hasta ahora menos de 40 centavos de dólar por habitante, o sea el equivalente del franqueo ordinario de tres o cuatro cartas.

La tarea encomendada a la Fundación es fomentar y respaldar la gama más amplia posible de actividades artísticas en todo el país. Pueden solicitar ayuda económica a la Fundación tanto los artistas como las instituciones. Huelga decir que recibimos muchísimas más solicitudes de las que podemos atender con nuestro modesto presupuesto. En otras palabras, es preciso escoger, pero la selección no la hacen burócratas federales ni gente dedicada a la política.

En efecto, las decisiones en materia artística las adoptan comités re-

EL FUNDADOR DE PENSILVANIA ABOGABA POR LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA EN 1693



Fotos El Correo de la Unesco

WILLIAM PENN (1644-1718)

Súbdito británico, William Penn obtuvo en 1681 de su Rey una concesión sobre un territorio norteamericano al que, en honor suyo, se dio el nombre de Pennsylvania. Penn fundó la ciudad de Filadelfia en 1682. Su obra de juriconsulto sirvió de base a la constitución de Pensilvania y sus ideas liberales tienen su reflejo hasta en la Constitución de los Estados Unidos. Penn desempeñó un papel de gran importancia en el cuaquerismo. Además, su nombre ocupa un lugar destacado en la historia de la lucha por la paz. El fragmento que aquí reproducimos está tomado de su *Tratado sobre la paz presente y futura de Europa*, publicado en Londres en 1693.

• Si los soberanos de Europa convinieran en juntarse, por intermedio de sus delegados, en una Dieta General, un Estado o un Parlamento y en establecer reglas de justicia para su cumplimiento recíproco por todos, reunirse así todos los años o una vez cada dos o tres años o cuando se estimase conveniente, con el fin de presentar ante esta asamblea soberana todas las disputas pendientes que no hubiesen podido resolverse antes de la reunión por medio de las embajadas; si convinieran también en que, en el caso de que una de las soberanías participantes se negara a someterse al juicio de la Dieta sus reclamaciones o pretensiones, o a aceptar y ejecutar la decisión adoptada, o buscara una solución por las armas, o no cumpliera sus obligaciones en el tiempo prescrito por la sentencia, todas las soberanías reunidas *en una sola fuerza* obligarán a ese Estado a someterse..., no cabe duda de que Europa conseguiría así la paz tan deseada por sus habitantes torturados y exhaustos. Ninguna nación tendría poder para discutir las decisiones tomadas y, de este modo, la paz se implantaría y se mantendría en Europa.

William Penn

COMO VEIA UN EUROPEO A LOS ESTADOS UNIDOS EN 1832



ALEXIS DE TOCQUEVILLE (1805-1859)

Escritor y hombre político francés, Tocqueville vivió en los Estados Unidos en 1831-1832. Tras su vuelta a París publicó una obra que iba a hacerse célebre: *De la démocratie en Amérique*, de la que aquí ofrecemos cuatro breves fragmentos.

• En los últimos límites de los Estados Confederados, en los confines de la sociedad y del desierto, vive una población de audaces aventureros a los que no ha arredrado penetrar en las soledades de Norteamérica. Apenas llegado al lugar que le ha de servir de asilo, el pionero corta a toda prisa unos cuantos árboles y levanta una cabaña bajo el follaje. Cualquiera creerá que tan pobre choza sólo puede dar asilo a la grosería y la ignorancia. Sin embargo, no debe establecerse relación alguna entre el pionero y el lugar en el que ha buscado refugio. Todo es primitivo y salvaje en su torno, pero él va vestido como en las ciudades, habla la lengua de éstas, conoce el pasado, tiene curiosidad por el futuro, discute sobre el presente; es un hombre muy civilizado que consiente en vivir en medio de los bosques y que penetra en los desiertos del Nuevo Mundo con la Biblia, un hacha y unos cuantos periódicos. Difícil es hacerse una idea de la increíble rapidez con que el pensamiento circula por esos desiertos.

• Norteamérica es uno de los países del mundo donde menos se estudia y donde mejor se cumplen los preceptos de Descartes.

• A menudo el europeo sólo ve en el funcionario público la fuerza. El norteamericano ve en él el derecho. Cabe pues decir que en Norteamérica el hombre no obedece nunca al hombre sino a la justicia o a la ley.

• La prensa ejerce un enorme poder en Norteamérica. Ella es la que hace circular la vida política por todas las regiones de tan vasto territorio. Sus ojos siempre abiertos ponen constantemente al descubierto los resortes de la política y obligan a los políticos a comparecer uno tras otro ante el tribunal de la opinión. Ella es la que ensambla los intereses en torno a determinadas doctrinas y la que formula los símbolos de los partidos. Cuando los órganos de prensa se ponen a marchar en gran número por el mismo camino, su influencia a la larga es casi irresistible y la opinión pública, ante su insistente machaconeo, termina por ceder. En los Estados Unidos cada periódico tiene individualmente escaso poder; pero la prensa periódica es, después del pueblo, el primero de los poderes.

Alexis de Tocqueville

novables de profesionales y de especialistas en cada rama: música, danza, teatro y cine, televisión y radio, literatura, museos, artes plásticas y arquitectura.

Las decisiones de esos comités son estudiadas por el organismo asesor de la Fundación: el Consejo Nacional para las Artes. Entre sus miembros han figurado actores de fama mundial como James Earl Jones, Helen Hayes, Charlton Heston, Sidney Poitier, Gregory Peck y Clint Eastwood; músicos célebres como Marian Anderson, Rudolph Serkin, Duke Ellington, Beverly Sills, Billy Taylor, Van Cliburn, Isaac Stern, Leonard Bernstein y Richard Rogers; bailarines como Agnes de Mille,

Edward Villella y Judith Jamison; pintores y escultores como James Wyeth y David Smith; y escritores como John Steinbeck, Eudora Welty y Ralph Ellison.

Cada proyecto, artista o institución recibe sólo una suma relativamente modesta de dinero. Pero estas pequeñas subvenciones federales han permitido a menudo a un escritor o un pintor terminar una obra que luego le ha valido un cierto prestigio; han ayudado a diversas compañías teatrales y orquestas que no persiguen fines de lucro a salvar el foso entre sus ingresos de taquilla y los gastos crecientes de año en año; han hecho posible que 5.000 escuelas de todo el país invitaran a artistas profesionales

a realizar trabajos prácticos con los estudiantes y que grupos locales y étnicos lanzaran proyectos culturales de carácter comunitario; y han permitido llevar importantes compañías de danza y de ópera a pequeñas ciudades y pueblos.

En resumen, la Fundación, que ha cumplido ya diez años de vida, ha ayudado a los norteamericanos — artistas y público conjuntamente — a realizar de manera más plena el viejo sueño jeffersoniano de garantizar « la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad » mediante la creación de oportunidades para el desarrollo cultural y el fomento de las actividades artísticas.

Nancy Hanks



Foto © Holmes-Lebel/Globe



Foto Eruce Davidson © Holmes-Lebel, París

miembros. La larga lista de causas por la que ha abogado ante la Corte Suprema incluye desde la defensa del derecho de los Testigos de Jehová a no saludar la bandera nacional hasta la anulación de la prohibición censorial que pesaba sobre el *Ulises* de James Joyce.

La Unión, fiel guardián de las libertades civiles, se ocupa ahora principalmente de la situación de los indios norteamericanos: los 400.000 descendientes que quedan de los primitivos pobladores del territorio. La expropiación de sus tierras y la destrucción de su modo de vida están descritas con gran fuerza por Dee Brown en su libro *Bury My Heart at Wounded Knee* (Enterrad mi corazón en Wounded Knee), escrito en 1970. Este « best seller », que bien podría considerarse como *La cabaña del Tío Tom* de nuestra época, reveló a la conciencia norteamericana la existencia de una injusticia racial más.

En 1973, 200 miembros del Movimiento de los Indios Norteamericanos ocuparon el villorio de Wounded Knee, en Dakota del Sur, para derrocar al gobierno tribal elegido en la reserva de los siux. Aunque se trataba de una lucha intestina, la Casa Blanca envió representantes para que negociaran con éstos la compensación que se les debía por las tierras que nuestros antepasados les arrebataron y para que iniciaran una investiga-

Hace dos siglos una enérgica reivindicación del feminismo



Foto El Correo de la Unesco

Abigail Adams

En marzo de 1776, tres meses antes de la Declaración de Independencia, Abigail Adams presentaba como sigue la gran reivindicación de los derechos de la mujer en una carta a su marido John Adams, uno de los firmantes de la Declaración, que iba a ser el segundo Presidente de los Estados Unidos:

« A este respecto, deseo que no olvidéis a las mujeres y que mostréis para con ellas mejores Intenciones que vuestros antepasados. No pongáis en manos de los maridos un poder tan ilimitado. Recuerda que todos los hombres serían tiranos si pudieran. Si a la mujer no se le dispensa la atención y el cuidado máximos, estamos decididas a rebelarnos y a no considerarnos obligadas a respetar unas leyes elaboradas sin nuestros votos o nuestra representación ».

A estas enérgicas palabras de Abigail Adams cabe añadir la siguiente observación del francés Alexis de Tocqueville (véase la pág. 43):

« Si me preguntaran a qué debe en mi opinión atribuirse esencialmente la singular prosperidad y la creciente fuerza del pueblo norteamericano, respondería que es a la superioridad de sus mujeres ».

ción profunda y rápida de todas las reclamaciones indígenas.

En el mismo año, Marlon Brando, uno de los más destacados actores norteamericanos, conmovió a la opinión pública rechazando el « Oscar » de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de los Estados Unidos y acusando a la industria del cine de « humillar al indio y hacer mofa de su carácter. » Los esfuerzos de Marlon Brando para que se rectificaran los errores del pasado contaron con el resuelto apoyo de los jóvenes norteamericanos, a quienes ahora to-

ca expiar los « pecados de sus padres. »

Permítaseme referirme a esta generación de jóvenes, herederos de la Revolución Norteamericana y de nuestra capacidad de autocrítica, virtud que el profesor Robin W. Winks considera con acierto como la prueba de que nuestra sociedad es realmente una sociedad abierta (véase el artículo de la pág. 9).

Mantuvo una relación estrecha con esa generación durante seis años decisivos, de 1968 a 1974, época en que

era director del Reid Hall que por entonces constituía el centro universitario norteamericano más importante de París. Fue mucho lo que aprendí gracias a mi contacto con unos 5.000 estudiantes. Su apasionada preocupación por la justicia, la paz, la igualdad racial y los derechos civiles me convenció de que los principios de nuestra revolución siguen vivos hoy día y de que aun somos un pueblo revolucionario.

Lo que caracterizaba el estado de espíritu de esos estudiantes, en particular de sus dirigentes, era la cólera. Se sentían personalmente ultrajados

por la injusticia social y por la crueldad y estupidez de la guerra de Vietnam. Protestaban, disentan. Quienes los condenaban debían de haber olvidado las palabras de Tomás Jefferson: « El principio de disentiimiento es tan preciado en una democracia que debe hacerse todo lo posible por fomentarlo. »

El hecho de que la reprobación de los ciudadanos pueda poner fin a una guerra impopular es prueba de la continuidad de la Revolución Norteamericana. Otra prueba radica en el hecho de que una población, bien informada por una prensa libre, pueda

obligar a un Presidente a renunciar por haber tratado de alterar el sistema norteamericano de limitación del poder ejecutivo.

Tenemos, pues, una tradición revolucionaria, la indispensable libertad, la saludable costumbre de la auto-crítica, la vieja fe norteamericana en el progreso y en el perfeccionamiento de sí mismo y, sobre todo, la voluntad de poner en práctica las libertades establecidas en la Constitución. Sí, los Estados Unidos fueron una promesa; lo son todavía.

William W. Davenport

El ciudadano Paine (VIENE DE LA PAG. 30)

opúsculos, incluido *Common Sense*, cuya tirada global alcanzó casi el millón de ejemplares. Sus producciones enriquecieron únicamente a sus impresores. Tan grande era su pobreza que, en dos o tres ocasiones, se vio obligado a llamar la atención del Congreso para ver la manera de remediarla. « Es extremadamente duro — escribía a Washington — que el país que debería ser para mí un hogar me haya procurado poco más que un asilo ».

Algunos estados comprendieron al fin cuánto le debía la Revolución a este francotirador que tan bien la había servido, y le concedieron recompensas. El Congreso les imitó, votando una « gratificación liberal » de tres mil dólares « en consideración a sus servicios y a los resultados beneficiosos que habían producido ».

Paine se retiró a una casita de Bordentown, Nueva Jersey, donde planeaba llevar una vida tranquila y dedicada a trabajos científicos. La más notable de sus obras fue el modelo de un proyecto de puente de hierro cuya concepción resulta verdaderamente audaz. Con anterioridad quiso volver a ver Inglaterra. Cuando embarcó con dirección a Europa, en el verano de 1787, no pensaba que habrían de transcurrir quince años antes de retornar a su « bien amada América ».

En Londres, Paine se esforzó en dar a conocer América a los ingleses, pero su finalidad era, sobre todo, provocar una reforma de la constitución británica e instaurar el sufragio popular. En sus *Puntos de vista sobre el Rubicón*, renovó su profesión de fe: « Antes que nada, defendiendo la causa de la humanidad ».

Cuando estalló la Revolución Francesa, en la que observó la influencia de la Revolución Norteamericana, su sueño de una « República mundial » le pareció en vías de realización. Expuso sus concepciones en *Los Derechos del Hombre*, la más importante de sus obras. « La causa del pueblo francés — escribía allí — es la de toda Europa, e incluso la del mundo entero ». Sus viajes a Francia le permitieron entrar en contacto con los jefes de la Revolución. Después de la huida del rey Luis XVI, publicó su primer manifiesto republicano.

En 1792, la publicación de la segunda parte de *Los Derechos del Hombre* fue la causa de que se viera perseguido en Inglaterra. Cayó sobre él una sentencia de proscripción, se quemó su efigie y al fermento intelectual producido por sus escritos sucedió una reacción implacable por parte del gobierno de Jorge III.

Mientras tanto, en Francia, la Asamblea Nacional concedía a Paine la ciudadanía francesa, y cuatro departamentos aspiraban a ser representados por él en la Convención. Triunfalmente recibido, el proscrito eligió la representación de Calais y, como tal, ocupó un escaño entre los diputados de « la Plaine ». Formó parte del comité encargado de elaborar la nueva Constitución. Se desvivió para intentar salvar la vida a Luis XVI. Con valor, votó contra la muerte del « tirano », lo que le valió el odio de la Montaña, es decir, de los ultras robespierristas de la Convención.

El Terror dispuso las esperanzas que había puesto en la « República Coronada ». Su detención, que generalmente se atribuye a Robespierre, fue en realidad el resultado de un complot en el que, junto con otros enemigos suyos, estaba implicado el embajador de los Estados Unidos en Francia, gobernador Morris, aristócrata y anglófilo. Despojado de su inmunidad parlamentaria por un decreto robespierrista que le despojó también de la ciudadanía francesa, Paine, tres días después, el 28 de diciembre de 1793, ingresaba en prisión como súbdito inglés.

Tenía entonces a punto la publicación de la primera parte de *El Siglo de la Razón*, obra en la que afirma plenamente su teísmo.

Paine invocó inútilmente su nacionalidad norteamericana. Morris intrigó para impedir la intervención del gobierno de los Estados Unidos. Una petición de los norteamericanos residentes en París y los desvelos de sus amigos para conseguir su libertad resultaron infructuosos.

En prisión, durante los momentos más duros del Terror, Paine vió partir hacia la guillotina a Desmoulins, Héroult de Séchelle y numerosos representantes del pueblo. El escapó por

un pelo de idéntico destino. Tres meses después de la caída de Robespierre, el 9 de Termidor (27 de julio de 1794), cumplidos dieciocho meses de arresto, Paine, enfermo, fue rescatado de la cárcel por James Monroe, sucesor de Morris, y rehabilitado por la Convención en su calidad de ciudadano francés y de diputado.

A pesar de su enfermedad, Paine volvió a coger la pluma con mano firme y no tardó en publicar la segunda parte de *El Siglo de la Razón*, meditada durante su estancia en prisión, y en la que se encuentra su crítica de la Biblia. En otras obras desarrolló sus ideas sobre la Revolución Francesa.

Maltratado por la suerte, envejecido, decepcionado en sus esperanzas, Paine volvió a América a finales de 1802. Fue allí bien recibido por Jefferson, que era entonces Presidente. Pero sus enemigos, encabezados por Morris, se confabularon contra él y pretendieron negarle el derecho a votar. La publicación en los Estados Unidos de *El Siglo de la Razón* le valió nuevas persecuciones. Las iglesias clamaron contra aquel libre pensador, contra aquel autor impío. Pero Paine soportó los ataques y los ultrajes sin desfallecer. Y, pese a todo, los Estados Unidos siguieron siendo a sus ojos la tierra elegida de la libertad. La única sombra existente en el cuadro era « el infame tráfico de los negros », contra el que reanudó la lucha. Tuvo tiempo aun para publicar diversos opúsculos.

Thomas Paine expiró en la mañana del 8 de junio de 1809, en Nueva York, a los setenta y dos años. Los cuáqueros, que le consideraban un renegado, se negaron a darle sepultura en su cementerio, contraviniendo su deseo expreso de ser enterrado allí. Fue inhumado en su propiedad de New Rochelle. Diez años después, los ingleses reclamaron sus restos que, tras diversos avatares, acabaron perdiéndose.

Nadie sabe a donde fue a parar el cuerpo de Thomas Paine, pero el recuerdo de este hombre bueno, valiente, sincero, que amó a la humanidad y fue un apasionado de la libertad, no se extinguirá nunca.

Jacques Janssens

Cómo ven a su país los norteamericanos

VIENE DE LA PAG. 11

intentan comprender sus problemas. Están bastante cansados de quienes, autoproclamándose expertos en cuestiones norteamericanas, muestran en unas cuantas frases que no entienden como funciona el sistema federal, o como han conservado su identidad las diversas regiones del país, o incluso lo que dice la Constitución. Y desearían que los estudiantes y especialistas extranjeros estudiaran más seriamente la historia y la literatura norteamericanas, de modo que, aunque lleguen a conclusiones hostiles para con los Estados Unidos, éstas se basen en una sólida información. Pero ya no piden que les quieran, porque doscientos años de historia han enseñado a esta nación ya madura, incluso vieja políticamente, que la amistad entre naciones no se administra ni se acumula como entre individuos.

Para muchos norteamericanos este año del bicentenario de su independencia es también un año de reflexión. Candidatos a puestos políticos, editorialistas de periódicos, profesores y estudiantes universitarios, comentaristas de televisión se preguntan por igual sobre el pasado como medio para delinear el porvenir. En cierto modo los Estados Unidos han sido siempre un país donde todo se re-

comienza, donde el mito del eterno retorno ha tenido particular vigor. De alguna manera, la historia de los Estados Unidos ha radicado siempre en el porvenir.

Y si los norteamericanos llevan consigo a todas partes el sentido de su propia identidad, manteniéndose fieles a sus orígenes pese a su tan comentada pasión por los viajes, también ponen en tela de juicio esa identidad y quieren forzarse para ser mejores. Son hijos del orgullo pero saben que el orgullo les es más útil cuando es constantemente desafiado, sometido a prueba y renovado.

En esta era de los grandes medios de información, todos sabemos que gran parte de lo que se considera como la verdad, ya se trate de Estados Unidos o de cualquier otro país, no pasa de ser una serie de clisés y de caricaturas. Para descubrir más allá de la máscara la auténtica realidad del país es preciso estudiarlo, como se estudia cualquier sociedad compleja, sin dejarse embaucar por quienes, con intenciones favorables o desfavorables, hacen generalizaciones sobre un país que no conocen sino superficialmente.

Los norteamericanos siguen mostrándose optimistas porque piensan

que aun no se les ha revelado lo que puedan ser y que Walt Whitman es quizá todavía su profeta. Hoy por hoy viven más tranquilos con sus contradicciones, sabiendo que algunas son más aparentes que reales y que en muchas de ellas se basa la tensión dinámica de la sociedad.

Los norteamericanos siguen siendo diversos y complejos, una viviente paradoja; su tensión interior se traduce aun en dinamismo. Porque, como escribía Whitman en *Canto de mí mismo* (y por « mí mismo » entendía los Estados Unidos), « ¿Me contradigo? Sí, me contradigo. Soy ancho. Contengo multitudes ».

Robin W. Winks

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de la Organización. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.



ANTILLAS HOLANDESES. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao. — **ARGENTINA.** EDILYR, Belgrano 2786-88, Buenos Aires. — **REP. FED. DE ALEMANIA.** Todas las publicaciones: Verlag Dokumentation, Possenbacher Strasse 2, 8000 München 71 (Prinz Ludwigshöhe). Para « UNESCO KURIER » (edición alemana) únicamente: Colmantstrasse 22 D-53, Bonn. — **BOLIVIA.** Los Amigos del Libro, Casilla postal 4415, La Paz; Casilla postal 450, Cochabamba. — **BRASIL.** Fundação Getúlio Vargas, Serviço de Publicações, caixa postal 21120, Praia de Botafogo 188, Río de Janeiro, GB. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, avenida Jiménez de Quesada 8-40, apartado aéreo 53-750, Bogotá; J. Germán Rodríguez N., calle 17, Nos. 6-59, apartado naciona-

83, Girardot, Cundinamarca; Editorial Losada, calle 18 A Nos. 7-37, apartado aéreo 5829, apartado nacional 931, Bogotá; y sucursales: Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín; calle 37 Nos. 14-73, oficina 305, Bucaramanga; Edificio Zaccour, oficina 736, Cali; — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A., Apartado 1313, San José. — **CUBA.** Instituto Cubano del Libro, Centro de Importación, Obispo 461, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., casilla 10.220, Santiago. — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, calle Mercedes 45-47-49, apartado de correos 656, Santo Domingo. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correo 3542, Guayaquil. Únicamente « El Correo de la Unesco » RAID de Publicaciones, Casilla 3853, Quito. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Calle Delgado No. 117, San Salvador. — **ESPAÑA.** DEISA - Distribuidora de Ediciones Iberoamericanas, S.A., calle de Oñate 15, Madrid 20; Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 8, Madrid 6; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egiptíacas 15, Barcelona; Ediciones Liber, apartado 17, Ondárroa (Vizcaya). — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unipub, P.O. Box 433, Murray Hill Station, Nueva York N.Y. 10016. Para « El Correo de la Unesco »: Santillana Publishing Company Inc., 575 Lexington

Avenue, New York, N.Y. 10022. — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila, D-404. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, 7-9, place de Fontenoy, 75700 Paris (C.C.P. Paris 12.598-48). — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a. calle 9.27, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie « Aux Belles Images », 281, avenue Mohammed-V, Rabat. « El Correo de la Unesco » para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (C.C.P. 324-45). — **MEXICO.** Publicaciones periódicas: SABSA, Servicios a Bibliotecas, S.A., Insurgentes Sur nos. 1032-401, México 12, D.F. Publicaciones: CILA (Centro Interamericano de Libros Académicos), Sullivan 31-bis, México 4 D.F. — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho Ltda., caixa postal 192, Beira. — **PERU.** Editorial Losada Peruana, Jirón Contumaza 1050, apartado 472, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70, Lisboa. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationary Office, P.O. Box 569, Londres S.E. 1. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A. Librería Losada, Maldonado 1092, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería del Este, Av. Francisco de Miranda, 52-Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas.

LA ESTATUA QUE VINO DE EUROPA

(Véase la pág. 3)

